

Vorágine

NO ORIGINAL
NO COPY

Estefanía Blanco Reyes



VORÁGINE

NO ORIGINAL
NO COPY

Primera edición: junio 2019

Segunda edición: junio 2020

©Derechos de autor reservados.

Estefanía Blanco.

Mikigai.blogspot.com

mikigaiblog@gmail.com

<https://trilogiavoragine.weebly.com/>

©Estefanía Blanco

Diseño de edición: Estefanía Blanco Reyes.

Diseño de portada: Estefanía Blanco Reyes.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del autor.

A ella, que construyó una familia entera con su fuerza y coraje.

Que, si tuviese forma, sería la del amor y la bondad.

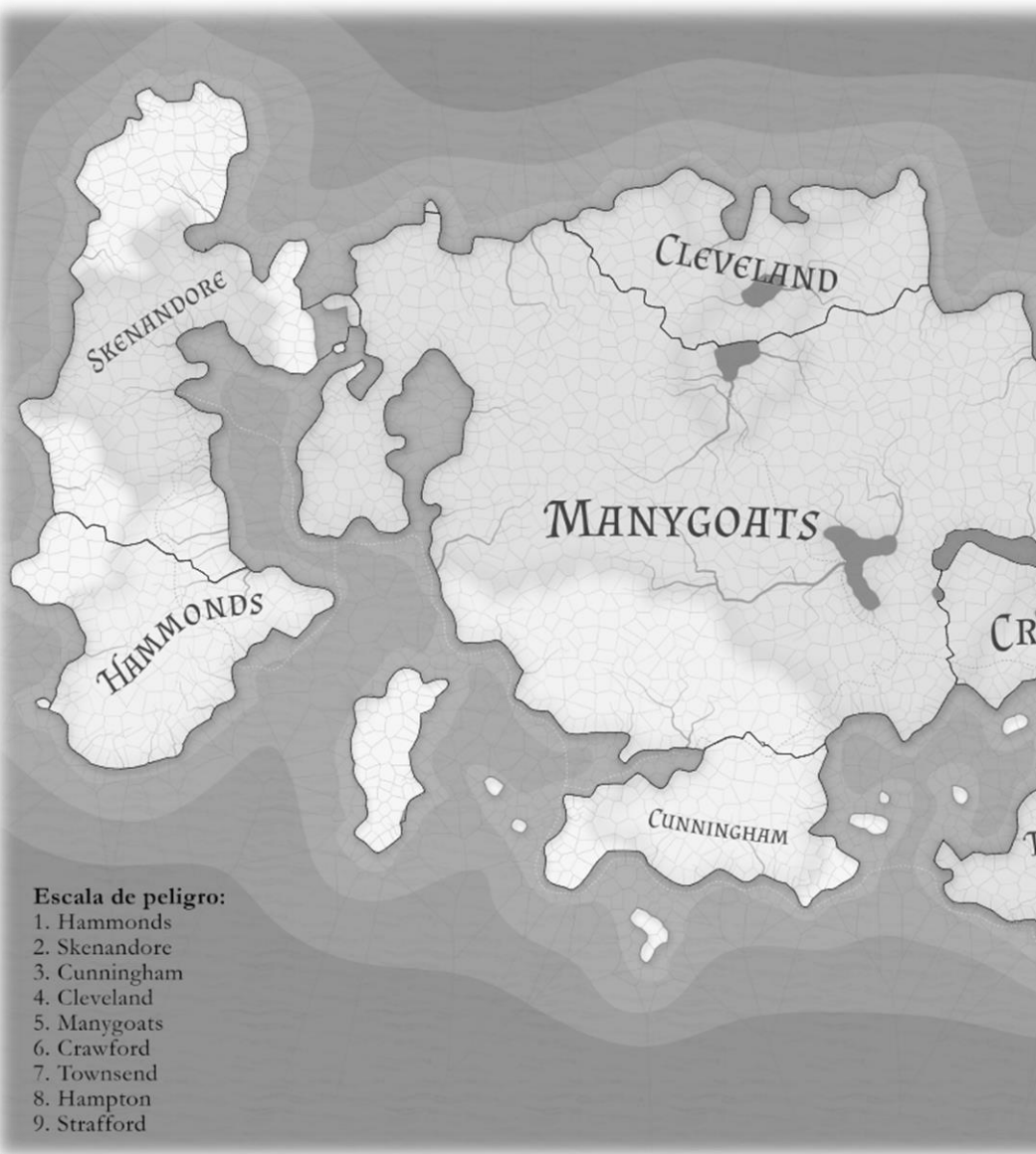
Por quien soy todo lo que hoy soy.

Mi fiel cómplice.

NO ORIGINAL
NO COPY

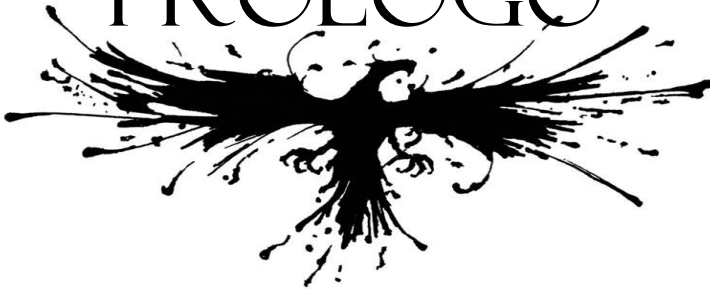
“Ellos me convirtieron en el monstruo que jamás quise ser”

**NO ORIGINAL
NO COPY**





PRÓLOGO



Recuerdo aquel momento en el que nos despedimos de nuestro distrito natal para ir “hacia un lugar mejor”, como dijo mi padre. Ni dejaba de buscar los rostros de mi madre y mi hermana entre todas aquellas personas. Papá me dijo que nos reuniríamos allí para partir juntos. También recuerdo a unos soldados de uniforme negro y armaduras blindadas que rodeaban cada parte de sus cuerpos. Sentí miedo cuando registraron el vagón y a todos los que nos encontrábamos en él. Y cuando mi padre sujetaba mi mano con fuerza y su sudor me enfrió los dedos. Recuerdo que había personas que, por alguna causa desconocida, tuvieron que bajar del vagón. Me

dijo que cerrase los ojos y tapó mis oídos, pero eso no impidió que escuchase fuertes estruendos provenientes del exterior.

El vagón comenzó a moverse y por una pequeña ventanilla vi cómo el triste paisaje también se desplazaba. Mi madre y Vicky nunca subieron a él. Recuerdo cómo las gotas tintineaban, tropezando con la velocidad del tren y fijándose en las ventanas del mismo. En ese momento, entramos en un túnel que inundó el vagón en una inmensa oscuridad, y todo lo que mis ojos llegaron a ver en aquellas paredes fue un mensaje que anunciaba una vil posteridad escrita en carmesí:

“El Paraíso de los Demonios ha despertado”

Mi frente estaba sudorosa y no podía dejar de jadear. De nuevo aquel retorno a mi pasado. No sabía si considerarlo ya una pesadilla.

—¿Otra vez? —me preguntó, al despertar y encontrarme con su mirada.

Asentí. De hecho, era una de las escenas del pasado con las que más solía soñar. Niels me observaba preocupado, como todos los días que dormíamos juntos y se percataba de lo malas que eran algunas de mis noches. Los últimos rayos de un sol de agosto atravesaban la ventana y hacían resaltar sus finos cabellos dorados. Los mismos que al rozarme provocaban un ligero estremecimiento en mi cuerpo desnudo.

Me estiré hasta alcanzar su camiseta, que sería como dos tallas por encima de la mía, y me levanté a por un vaso de agua tras ponérmela. Desde la ventana de la cocina se podían observar todos aquellos verdes árboles que rodeaban la cabaña. Era un paisaje precioso, aunque había pequeños detalles que delataban su verdadera naturaleza artificial, como casi todo lo que yacía sobre nuestro continente. También el canto de los pájaros era bastante real. Me encantaba aquella sensación de paz y armonía que hacían

creer a uno que, por pocos segundos, podía ser libre. Una mentira fatal.

Niels se acercó por detrás sigilosamente y me rodeó con sus moldeados brazos. Un escalofrío recorrió toda mi espalda.

—Quiero que hoy estemos las veinticuatro horas juntos, así que no tardes tanto en ir a por un vaso de agua.

Sonreí y me giré para besarle. De hecho, era su vigésimo cumpleaños, por eso nos habíamos escapado un fin de semana entero a esa cabaña. Sus padres la tenían en alquiler, pero pocas veces era alquilada. Me preguntaba por qué.

Aún recuerdo el olor a carbón de aquella chimenea cada vez que la encendíamos. Nos acurrucábamos junto al fuego y nos inventábamos historias de terror con los sucesos reales que estaban ocurriendo dentro de los distritos. También solía recordar los bonitos meses que llevábamos juntos y el color de sus ojos, tan verdes como aquel bosque digital.

Sin embargo, aquel día sentí el ambiente diferente,
quizá más distante. A ratos era igual de cariñoso que siempre,

a ratos permanecía en silencio con una seria expresión muy poco común en él. No quise darle demasiada importancia e inconscientemente le abracé con más miedo que amor. Brotó en mí ese miedo involuntario de que algo pasase algún día y no pudiese ver de nuevo su cálida sonrisa.

Al caer el sol, en un lago cercano a la cabaña, nos consumimos el uno al otro. Jamás olvidaré la compenetración que existía entre nosotros en todo aquello que hacíamos. Pero, como de costumbre, comencé a experimentar los efectos adversos: frío, calor, frío de nuevo, náuseas, dolores que recorrían todo mi cuerpo y un sinnúmero de torturas irracionales. Recuerdo el susto que nos llevamos al hacer el amor por primera vez. Siempre me rogaba que fuese al Hospital Central de nuestro distrito, pero él no sabía casi nada acerca de mí. Sólo podía creer lo que veía y lo que yo podía dejarle ver. La situación del continente siempre fue complicada tras la Tercera Guerra Nuclear.

Ya recogiendo nuestras pertenencias y dejando la cabaña tal cual la encontramos, Niels recibió una llamada. Salió de forma precipitada al exterior y volvió a entrar a los pocos minutos con un rostro pálido y sudoroso. Con la mirada aterrada.

—Es mi madre. Está en el hospital —pausó para respirar hondo—. Ha vuelto a sufrir un ataque esquizofrénico y ha intentado suicidarse.

Mi corazón se encogió al escucharlo. Había ocurrido más veces, aunque cada vez con más frecuencia. Aun así, nunca supe cómo consolarle. Le di un fuerte abrazo y, permaneciendo en silencio, seguimos haciendo nuestro equipaje.

Casi sin percatarnos de lo rápido que pasó el tiempo, ya nos encontrábamos en el vagón apreciando el paisaje que dejábamos atrás. Nunca supe por qué, pero comenzaron a invadirme sentimientos de soledad, tristeza y angustia. Quizás, sentí lástima por el chico del que estaba enamorada. Quizás, fue mi intuición que ya se había dado cuenta de lo que me esperaba. Fui tan ingenua al ignorar todas aquellas advertencias.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro y cerré los ojos para no ver pasar aquel falso panorama lleno de vegetación y lugares que dejaron de existir décadas atrás.

Una voz aguda me hizo despertar. Era la misma que anunciaba los destinos en todos los trenes del distrito.

Habíamos llegado al nuestro. Ambos bajamos con una mano sujetando el equipaje y la otra sujetándonos a nosotros mismos. Antes de despedirnos me miró fijamente a los ojos.

—Nunca podría perdonarme ver sufrir a la chica que más quiero, ¿comprendes?

—Sí, claro.

La verdad es que no comprendí a qué venían aquellas palabras ni su mirada colmada de tanta oscuridad y sentimientos encontrados. Simplemente sonreí, apreciando sus palabras. Nos dijimos nuestro último “te quiero” y cada uno desapareció entre la multitud.

Al llegar a mi piso encendí todas las luces y el sistema de visión holográfica. No me gustaba recordar lo sola que estaba día y noche en aquel lugar. Habíamos sido una familia de cuatro: mis padres, mi hermana mayor, Vicky, y yo. Sin embargo, un día desaparecieron y nos quedamos mi padre y yo solos. Al cabo de unos años de mudarnos a este distrito, ante mis innumerables e incansables preguntas, me confesó que mi madre y mi hermana fueron asesinadas la misma noche que intentamos escapar. Mi intuición no me había fallado. Me lo contó inundado en lágrimas, ya que no pudo

protegerlas. Estaba segura de que él se culpaba por ello. Lo abracé y terminé llorando en su regazo toda la noche.

Por otro lado, viajaba constantemente de un distrito a otro, por lo que no pasaba apenas tiempo en casa. Era demasiado solitario llegar y que un silencio ensordecedor me abrumase por completo. Cogí una bebida energética de fresa y me dispuse a terminar de leer un libro que me regaló la última vez que pisó nuestro hogar.

El tono de mi dispositivo móvil me hizo pegar un brinco. Me había quedado dormida y eran las 2:47 a.m. cuando desperté. Desbloquéé la pantalla y accedí a los mensajes; uno de Papá y otro de Niels. Pulsé primero el de mi padre y se proyectó el holograma:

“Cariño, espero que hayas llegado bien a casa. Papá está terminando algunas cosas por este distrito. Llegaré el jueves. ¡Espero que me prepares algo rico de comer!”

Tenía el mismo rostro de felicidad de siempre, aunque no podía evitar verse cada vez más exhausto. En

aquel momento, estaba llevando a cabo una investigación en Cunningham, uno de los distritos más peligrosos. La idea de que pudiese pasarle algo me provocaba ansiedad, así que siempre prefería pensar en qué postre preparar para su bienvenida. Lo siguiente que hice fue pulsar el de Niels, recibido a las 00:57 a.m. Solo se escuchaba su voz, sin imagen.

“Hola Rika. Estoy ya en casa con mi madre. Aunque no está recuperada, le dieron el alta porque necesitaban la habitación para otra persona que pudiese pagar por los servicios médicos. Ya sabes cómo va esta mierda. Mi madre necesita un tratamiento y ayuda para poder seguir adelante, pero no se interesan en los pobres. Pensé que quizás te importaría saber su estado, aunque este mensaje es para explicarte otra cosa. Lo siento. Aunque dije que no quería hacerte sufrir, yo... La verdad es que he dejado de quererte. Necesitaba este viaje para confirmar mis sentimientos. No me vuelvas a llamar o a escribir mensajes. No tengo ninguna intención de ser tu amigo y quiero seguir con mi vida sin que entorpezcas en ella. Últimamente, Rika, me he preguntado — resopló. Parecía nervioso—. ¿Puede existir el amor entre un monstruo y un humano? Adiós.”

Creo haber escuchado cómo se resquebrajó algo en mi interior mientras el exterior se volvió sordo y oscuro. ¿Qué acababa de ocurrir? Puse de nuevo el mensaje como una necea con la esperanza de que aun siguiese medio dormida. Al comprender que era real, lo llamé un centenar de veces, pero ni siquiera hizo la señal. Había bloqueado mi número. Pensé en salir a buscarlo, pero probablemente no habría llegado con vida ni a la mitad del camino. Era un distrito medianamente seguro, aunque también con sus relativos asesinatos.

Sentí un horrendo dolor por todo mi cuerpo. ¿Había sido descubierta? Si no, ¿por qué me haría tal pregunta? Me odié y más aún a mi naturaleza. Era normal que fuese rechazada una vez revelada la verdad. Lo peor era que, a mis dieciocho años, ni siquiera yo sabía algo acerca de mí misma. Y, a pesar de todo, mi mente aun creía que era humana.

Mi último recuerdo de aquellos días es haber llorado sin cesar entre las sábanas de mi dormitorio.



PRIMERA

PARTE



CAPÍTULO

1

18:43 – Días después – Distrito de Crawford.

Mi móvil había estado sonando todo el día, así como el telefonillo de mi piso desde hacía un buen rato. Llevaba desde la noche del domingo tirada en uno de los sofás que tenía mi espacioso salón. No sentía ganas de nada. Me levanté y respondí al telefonillo. Era Sue. Introduje el código para dejarla entrar y caminé a paso rápido hasta el baño antes de que ella subiese las escaleras del edificio. En el espejo pude observar mi demacrado rostro con todo el maquillaje esparcido sobre las mejillas. La ropa arrugada y mi estómago pegado delataban qué había hecho en los últimos días: nada.

Me di una ducha rápida, cepillé mi larga melena e intenté tapar con maquillaje aquellas ojeras oscuras que parecían haber cobrado vida.

Sue estaba sentada en el sofá con un paquete de patatas en su regazo, como siempre. Se limitaba a cocinarme, comer aperitivos y ver series. Se giró y me observó con los ojos entreabiertos.

—Oh, Rika, ¿qué te ha pasado?

Agaché mi mirada antes de poder responderle. No conseguí resistir y mis lágrimas se desbordaron, echando a perder todo el maquillaje. Cuando conseguí recuperar un poco la compostura, le enseñé el mensaje y me abrazó. Aunque intentó hacerlo fuerte para que sintiese que estaba ahí conmigo, su cuerpo era muy frágil.

Había sido mi mejor amiga desde antes de que coincidiéramos en la misma carrera de Ingeniería Genética Humana. Y ya estábamos en el segundo año. Era una chica de piel clara, estatura media, delgada y rostro inocente, con rasgos redondos y dulces. Sus días se basaban en pelear con su flequillo para que permaneciese lo más recto posible. Su cabello era lo que más destacaba. Rosa pálido, liso y por

encima de los hombros. Creo que siempre la consideré mi hermana menor.

Estuvimos conversando durante horas acerca de todo tipo de temas. También preparamos el pastel favorito de mi padre y vimos una película de terror. Estaba sentada con la cabeza de Sue dejada caer sobre mi regazo cuando me miró con intención de preguntar.

—¿Crees que los metahumanos existan?

—No lo sé, nunca he visto uno —mentí—. Además, el Estado aún no ha declarado su existencia.

—Mi padre me contó que Lex fue atacado por uno de ellos y por eso está en esa condición.

—¿Odias a los metahumanos?

—A muerte. Si de verdad existen, jamás perdonaré a ninguno. ¿Acaso tú no?

—Claro, yo también —volví a mentir.

Quizá, sólo me odiaba a mí misma y nada más.

La respuesta de Sue a mi pregunta fue directa y punzante. Ella jamás habría respondido así a cualquier otra

pregunta, pero cuando se trataba de ese tema su mirada realmente se oscurecía. Lex era su inseparable hermano mayor. Lo amaba con todo su ser. Sin embargo, unos años atrás, al parecer, fue atacado por un metahumano y quedó en estado grave para luego entrar en coma. Aún no había despertado.

Sin apenas percatarme, Niels había desaparecido de mi cabeza por varias horas. Todo fue gracias a Sue, aunque ya se había quedado dormida y eso me sumía de nuevo en mis pensamientos. La llevé como pude al cuarto de invitados e intenté conciliar el sueño. Me resultó imposible, así que aposté por respirar un poco de aire fresco desde mi ventana. Podía observar la gran ciudad de Crawford inmersa en resplandecientes luces. El cielo era oscuro, solitario, sin estrellas. Sentí que reflejaba el sentido de mi vida en aquellos momentos. Una voz aguda me sobresaltó. Era la que usaban para cualquier anuncio, al igual que la de los trenes. Provenía del mismo aerodeslizador que, cada día y cada noche, anunciaba el Proyecto Génesis.

—¡Ciudadanos de Crawford, concédanse la oportunidad de vivir sin miedo a la pobreza! En estos

tiempos de crisis...

No me apeteció volver a escucharlo así que me metí de nuevo en la cama. No sabía realmente en qué consistía el proyecto en cuestión, pero supuestamente prometían encontrar cura a las extrañas enfermedades que se estaban originando por la degradación de la Tierra tras la Tercera Guerra Nuclear, analizando y experimentando con el ADN de los ciudadanos que se atrevían a participar. A cambio, éstos recibían una determinada paga mensual de por vida. “Algo tan bueno no puede ser real”, pensé muchas veces.

La población se veía más feliz que de costumbre, pues contemplaban la posibilidad de subsistir a las difíciles situaciones cotidianas, así como al peligro nocturno. Connor, el presidente del distrito de Crawford, era el padre de Sue y el mayor representante del Proyecto Génesis. Quizá, el hombre más admirado por el continente en aquel entonces, ya que el verdadero creador del proyecto, el Gobernador sin rostro, jamás mostró su identidad.

06:51 – Agosto – Distrito de Cunningham.

El cielo se despejó para dar paso a un aerodeslizador que estaba aterrizando en las pistas de la Central Científica Nacional. Tras finalizar la maniobra, salieron de él una gran cantidad de personas que, en su mayoría, eran pobres, mayores o sustentadoras de familias. Fueron recibidas por un grupo de doctores e investigadores que las guiaron hacia un recibidor donde debían desnudarse para vestir unas batas blancas higienizadas que les iban proporcionando. Seguidamente eran llamadas por edad y orden de procedencia, es decir, por distritos. Curiosamente, los mayores o con menos esperanza de vida parecían ser los primeros.

Una mujer, aparentemente horrorizada, de unos treinta años aproximados fue nombrada. Mientras se dirigía a la sala, acarició su vientre un par de veces intentando calmar a su futuro bebé hambriento. Necesitaba conseguir alguna subvención que le facilitase alimentos diarios o su embarazo correría peligro. Aun sabiendo que, para ello, tendría que engañar al Estado. Una vez dentro, uno de los doctores le ofreció una fría silla de metal con soportes para ambos brazos. Se situó frente a ella, buscando su mirada

gacha, y sonrió. Era un anciano delgado y desvaído, con una enorme nariz de la que sobresalían numerosos pelos canosos. Su expresión revelaba cuánto podía llegarle a gustar su trabajo: una oscura mirada brillante y una sonrisa maquiavélica que dejaba al descubierto su deformada dentadura.

—Buenos días, ciudadana del mundo. Soy el doctor Cox. Le agradecemos cordialmente que haya decidido colaborar con nosotros para crear un mundo mejor. Un mundo libre de enfermedades e imperfecciones. Para ser beneficiaria de la manutención es imprescindible que introduzcamos un diminuto dispositivo bajo su piel, el cual nos indicará su condición física y psicológica en todo momento. —Sonó como si estuviese recitando algo que había leído cientos de veces. Hizo señas a sus ayudantes para que les facilitase unos informes y prosiguió—: Necesito que conteste a una serie de preguntas para que podamos colocarlo junto al gotero en su brazo izquierdo y así procedamos a trabajar con usted. Limítese a responder sí o no. ¿Tiene algún familiar que haya sido afectado por la Tercera Guerra Nuclear?

—No.

—¿Ha presentado usted algún tipo de enfermedad contagiosa o anomalía?

—No.

—¿Alguna extraña habilidad?

—No.

—¿Tiene descendencia?

—Sí, dos hijos —dijo la mujer, bajando la mirada hacia su vientre. Algo se movía dentro de él. El doctor no tardó en sospechar.

—¿Y, por casualidad, está usted esperando un tercero en este momento? —la futura madre permaneció en silencio ante la evidencia—. Sabe usted que uno de los pocos requisitos que demandamos es no estar en estado en el momento de trabajar con su cuerpo.

—¡Por favor, mi familia necesita el dinero urgentemente! ¡Mi embarazo corre peligro y mi hijo de tres años ha perdido la vista por no poder ser internado en el hospital! —contó desesperada, rompiendo a llorar.

—Está bien. Está bien —repitió. Nada estaba bien. El doctor tenía la mala costumbre de odiar a los débiles—. Solucionaremos esto.

Cox apretó la mandíbula en un intento de sosegar su repulsión hacia la mujer y se dirigió a los auxiliares.

—Deshaceos de ella y mandad un parte a su familia notificando que su cuerpo no soportó el tratamiento inicial.

La mujer, aterrorizada, se arrodilló para suplicar perdón por el incumplimiento y comenzó a llorar mientras contaba cuánto necesitaban el dinero sus hijos. Sin piedad alguna, los auxiliares se la llevaron a rastras mientras el doctor Cox se preparaba para llamar al siguiente “afortunado”. Tiró los guantes y suspiró.

El estruendo que ocasionó las puertas al abrirse de par en par sin previo aviso le sobresaltó. El intruso, un hombre serio de gran altura y uniformado, saludó formalmente.

—Lamento interrumpir, pero es imprescindible que acuda a la reunión que está a punto de celebrarse en la Centralita.

—¿Eres imbécil? ¿Me pides que abandone a mis futuros sujetos de experimentos para asistir a una maldita reunión más? —giró su muñeca para echar un vistazo a la hora en su holopulsera y le hizo señas con el dedo—. Lárgate.

—No es una petición, sino una orden.

—Sois todos unos bastardos —susurró Cox al pasar por su lado, emitiendo un aliento tóxico. El hombre hizo un gesto que vacilaba entre la repugnancia y la irritación mientras sujetaba la puerta para dar paso al anciano.

La Centralita era la sede del Grupo *Jaeger*, una organización privada encargada de llevar a cabo los asuntos más nefastos del país. En ella, se podía encontrar toda clase de personas importantes y de alto rango, desde científicos experimentados hasta políticos frustrados. Los *Jaeger* hacían el trabajo sucio que estas personas no podían permitirse a cambio de diferentes remuneraciones que, mayoritariamente, no eran pagadas con dinero.

El aerodeslizador aterrizó en una de las ciento de pistas de aterrizajes de las que disponía el lugar. El doctor Cox, escoltado por diez hombres y guiado por aquel señor irritado, accedió a la Centralita tras permitir que unas

máquinas de última tecnología lo analizaran. La aglomeración que yacía en el interior le asestó algún que otro empujón y pisotón. Todos corrían de un lado a otro más ajetreados de lo usual.

—Parece que nunca hayas estado aquí, Cox — vociferó un individuo que apareció de entre la multitud.

—¿¡Por qué diablos hay este alboroto!? —preguntó malhumorado antes de volver a ser empujado—. ¡Os voy a matar, pequeños desgraciados!

—Sígueme. Lo entenderás muy pronto. —Tendió el brazo, cediéndole el paso, y se giró hacia los escoltas—. Vosotros desapareced hasta que sepáis hacer vuestro trabajo.

Ambos caminaron hasta llegar a la sala de reuniones. Era una habitación de unos tres metros de altura, pared blanca y techo acristalado. Al fondo había una plataforma elevada sobre la que conversaban unos pocos de hombres y mujeres, soltando carcajadas comprometidas y secretos con disimulo. Mientras, los espectadores cuchicheaban y especulaban acerca de qué trataba la gran noticia que iban a dar.

Una mujer morena y esbelta se acercó al borde de la plataforma, sacó del bolsillo de su americana una especie de canica negra y la lanzó hacia arriba. Se trataba de un minibot con forma de insecto que alzó sus alas para mantenerse en vuelo y actuar como micrófono.

—Bienvenidos —dijo tras aclarar su voz y dar unos pequeños toques al insecto robot—. Hoy, en este preciso momento, hemos requerido de la presencia de todos vosotros para encomendaros una nueva misión. —Se detuvo y suspiró—. Como no me gustan las formalidades, iré al grano: el Libro de Identidades ha sido robado.

La revelación provocó un gran alboroto entre los investigadores, políticos, economistas y científicos. Todos sabían lo que eso podía significar. Conocían las consecuencias.

—Esta es la peor mierda que he escuchado —le susurró Cox al individuo que lo había acogido. A cambio, recibió una mirada que le insinuaba que lo mejor estaba por llegar.

—Connor, sube a la plataforma. Es necesario que estemos todos los presidentes de los distritos —exigió la

mujer frente al minibot y señalando con su índice al hombre que acompañaba al doctor Cox.

—Tranquilos, tranquilos. La presidenta de Cleveland quizá ha sido demasiado dramática. Si bien es cierto que ha sido robado, también lo es que conservamos una copia exacta del original. Sin embargo —pausó unos segundos para inhalar aire y aflojar el nudo de su corbata—, la misión de la que hablaba es simple. No se trata de encontrar el artefacto en cuestión, sino de encontrar al traidor: nuestro investigador mejor cualificado, Roger Miller.

Dentro de aquella sala faltaron palabras para expresar la conmoción que había causado dicha noticia. Algunos comenzaron a abuchear. Roger había sido un hombre de gran admiración del que nunca se esperó una traición de esa envergadura. Connor aclaró su voz y continuó.

—Más importante aún. Tras recibir la noticia de la emboscada que Roger tendió a nuestros compañeros en la misión que estaban llevando a cabo, nos vimos obligados a investigar a fondo todo lo relacionado con él. Para nuestra sorpresa, su nombre real es Roger Ayers. Sin embargo, la peor noticia no es esa, sino la existencia de una descendiente de él de la que no teníamos ni la menor idea. Su nombre es

Erika Ayers. Me temo que este antiquísimo apellido corresponde a uno de los linajes metahumanos más peligrosos que creíamos extinguidos.

—¡Debemos exterminarlos junto con su apellido! — vociferó una señora mayor desde el grupo de los investigadores.

—Ahora mismo están desaparecidos. No hay absolutamente algún rastro de él o de su hija. No obstante, hemos extraído fotos de él desde la copia del Libro de Identidades para facilitar la búsqueda. También se le ha visto frecuentar una serie de distritos en los que no solo aumentará la vigilancia, sino que serán enviados aerodeslizadores con nuestros mejores soldados. A cada grupo de investigadores os asignaremos un distrito. Tenéis un trabajo que hacer y no terminará hasta que su apellido sea aniquilado.

Después de que las fotos fueran mostradas en un holograma proyectado en la pared, la multitud aplaudió con euforia mientras que a Cox se le iluminó la mirada de tal manera que pareciese estar viviendo el mejor momento de su vida. El hecho de pensar que existiese un metahumano tan

poderoso sobre la faz de la Tierra con el que pudiese experimentar le hacía la boca agua.

—¿Ves, niño? Esto sí es dicha. Me haré una sopa con sus sesos cuando los extermine —gritó el viejo al oído de un joven investigador que permanecía a su lado.

—La próxima vez que me hagas oler tu apestoso aliento, serán tus sesos los que acompañen mi sopa —le contestó el chico al pasar por su lado—. Ah, y no vuelvas a llamarme niño o te quedarás sin dientes, desgraciado. Mi nombre es Logan.

El ambiente era pesado y también las intenciones de todos aquellos privilegiados que estaban al tanto de la presencia de los metahumanos por el continente. El chico abandonó la sala para hacer una llamada que no tardó ni dos segundos en ser atendida por una voz desquiciada.

—Erika Ayers sigue viva.

CAPÍTULO

2

El día anterior – Distrito de Crawford.

“Como llegue tarde me doy un tiro”, pensé. Estaba de camino a la estación de autobuses cuando me percaté de que había perdido el último y tuve que darme media vuelta para dirigirme hacia los andenes. Vi la hora en uno de esos hologramas publicitarios y mi corazón se aceleró. Apenas tenía treinta y cinco minutos para llegar a la estación de trenes, recargar la tarjeta de transporte, montarme en el tren correcto y llegar al trabajo.

Hacía casi un mes desde que había empezado a trabajar en una cafetería de la periferia de Crawford. No tenía una clientela monumental, pero era bastante conocida por los originales cafés que el dueño preparaba. Tenía una peculiar forma de prepararlos, y es que hacía cada uno de ellos atendiendo a las necesidades de las personas. La primera vez que pisé esa cafetería fue con mi padre meses atrás. El dueño y él se saludaron como si se conocieran de toda la vida. Luego, le dijo: “has cambiado, ya no puedo prepararte el mismo de siempre”. Comenzaron a hablar asuntos de adultos y nos sirvió un café a cada uno. “No sabes qué café quiero; ni siquiera me has preguntado”, le dije. “No hace falta muchachita, puedo saberlo con sólo mirar a tus ojos”, me contestó. Pensé que estaba realmente loco y que terminaría dejando la bebida sin apenas dar tres sorbos.

Quedé fascinada.

Era un café oscuro con una pizca de crema de *baileys*. Mi padre se limitó a observarme satisfecho después de dejar escapar una sonrisa satisfecha. Al cabo de un tiempo, el dueño me llamó y me ofreció un trabajo como mesera.

Siempre me pregunté que vio en mí y qué significaba ese café tan exquisito, pero con un trasfondo agridulce.

Desde entonces, había estado dedicándole mi tiempo libre al trabajo. En unos días, decidiría si me incorporaba a la plantilla o me volvía parte de los empleados que no superaron el mes de prueba. De manera que llegar tarde al trabajo o no sería un punto decisivo. La estación estaba sorprendentemente vacía, pero comenzó a llenarse de una forma escandalosa cuando un tren procedente de Cunningham arribó. Cientos de personas bajaron de él precipitados por la hora que marcaba el reloj. Se me vino a la cabeza el rostro sonriente de mi padre cada vez que llegaba a casa después de sus viajes de negocios cuando un joven tropezó conmigo de repente. Su cartera cayó al suelo y él no se percató en absoluto. Menudo despistado.

—¡Perdone! —grité, pero mi voz no obtuvo su atención—. ¡Logan! —se giró bruscamente para contemplarme anonadado.

Era un chico alto y parecía mayor que yo. Su rostro serio e impetuoso, con su cabello azabache y sus ojos afilados pusieron mis vellos de punta. Vestía una gabardina negra y tejanos negros. ¿Hacía tanto frío en Cunningham a pesar de ser Agosto?

—¿Te conozco? —preguntó, entornando los párpados como si me estuviese analizando.

—Se te cayó la cartera al chocar conmigo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tu cartera estaba abierta de par en par cuando la recogí. No era mi intención curiosear. —Levanté las manos remarcando mi inocencia.

—Bueno, como sea.

Quando la arrebató de mis manos, se giró y siguió su camino. La verdad es que me importaba bien poco si me creía o no, tampoco es que tuviese mucho tiempo que perder con desconocidos. Aunque sí que le eché un ojo antes de devolvérsela. Su apellido me llamó la atención: Crow. Vagamente familiar. Además, el escudo de su tarjeta de identificación era el mismo que el de mi padre, lo que revelaba que era un investigador que pertenecía a la misma organización. Quizá, eran incluso compañeros.

Una aguda voz anunció la llegada del tren con destino a la periferia.

15:14 – Agosto – Distrito de Crawford.

Bajé del tren y caminé varios metros hasta llegar a la parada. Encendí la pantalla de mi dispositivo móvil para comprobar la hora. El bus estaba al llegar. De hecho, no pasaron ni dos minutos cuando escuché cómo se aproximaba hacia la parada. Subí a él y me senté en uno de los asientos traseros, donde apenas había personas. Se trataba de un vehículo de veinte metros de largo y asientos incómodos. No era conducido por nadie, como hacía décadas atrás, sino que dependía de un mecanismo de redes de comunicación interconectadas extendido por todo el distrito. Según me contaba mi padre, cuando él era pequeño, existían vehículos de cuatro ruedas que los humanos manejaban a su antojo, provocando accidentes de tráfico y una gran contaminación. Eran tantas las historias extrañas que contaba que nunca sabía qué creer de verdad. Lo cierto es que en aquel entonces no existían esos vehículos y lo único que podíamos utilizar como medio de transporte urbano eran nuestros pies y los buses híbridos programados.

No pude evitar volver a pensar en Niels. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? Esa misma mañana lo había estado buscando por todas partes sin encontrar rastro alguno. Ni

siquiera asistió a sus prácticas de baloncesto días atrás. La incompreensión de todo lo ocurrido y de cómo había hecho las cosas me estaba matando. Un calambre en el estómago me devolvió a la normalidad e impidió que comenzase a llorar. Ya casi habíamos llegado. La cafetería en la que trabajaba casi diariamente se encontraba en la cima de una montaña de considerable altura, junto a un gran acantilado que ofrecía vistas hermosas a los clientes más exigentes. Era inusual contemplar la naturaleza real y no la digital, por lo que la cafetería era muy famosa en Crawford.

—¡Rika! —exclamó mi compañera de trabajo al entrar en el vestuario—. ¿Cómo sigues con el tema de tu novio?

—No sé nada de él y eso me está volviendo loca.

—Venga ya, tía, pasa de ese chico. Es un cobarde. Yo lo hubiese buscado, pero para partirle la cara.

—Quizá, tenga sus razones. No sé, estoy muy confundida.

—En fin. No te merece... —concluyó, haciendo un gesto como de “no tienes otra que aguantarte con lo que te ha tocado”—. Por cierto, tenemos a un nuevo sustituto.

Cerró su taquilla y salió. Ella y otro chico más eran mis compañeros en aquel trabajo. Mi compañera era un poco más alta que yo y, aunque estuviese delgada, tenía bastante fuerza. Siempre iba con una cola de caballo castaña a juego con sus ojos penetrantes y sus largas pestañas. Era bastante sencilla, pero realmente guapa. Todos los hombres la observaban. Es más, me atrevía a pensar que muchos clientes iban solo para recibir su atención. Respecto al chico, no sabía mucho de él, pues intermitentemente se ausentaba por bajas médicas.

La puerta del vestuario se abrió repentinamente y, pensando que se trataba de Bryanna, me giré para preguntarle acerca del nuevo empleado. Para mi sorpresa, era él mismo en persona frente a mí en ropa interior. Dejé escapar un grito mientras mi cara se ponía roja como un tomate.

—¡Lo siento! No hay carteles que señalen qué vestuario es el de los chicos y supongo que hice una mala elección. —Se rascaba la nuca avergonzado, plasmando una sonrisa forzada en un rostro.

Lo comprendí. Y le creí, pero solo porque me pasó exactamente lo mismo el primer día que comencé a trabajar.

Me estaba cambiando cuando entró el sustituido para explicarme que tenía que volver a vestirme y desvestirme en el vestuario del frente. También hice una mala elección, pero me estaba matando de la rabia que todos mis compañeros me conociesen en ropa interior.

—No te preocupes, pasé por lo mismo —le dije. Agité las palmas en el aire para que no se preocupase y algo cautivó su atención. Entrecerró su mirada como si intentase ver con mayor claridad.

—¿Y esa cicatriz?

—No lo recuerdo —balbuceé y escondí mis manos. No me gustaba la cicatriz. Nunca me había gustado.

—¡Ah! Siento el atrevimiento de mi pregunta y mi confusión con los vestuarios. Nos vemos en el curro.

Por un momento, tuve la sensación de que su mirada se había iluminado. Nunca alguien había mostrado esa admiración por mi imperfección, pero tampoco me agradó su reacción. Se trataba de una cicatriz horrible, que iba desde la parte inferior del dedo índice hasta casi la muñeca. Y ni yo misma sabía de dónde había salido. Le pregunté muchas

veces a mi padre, pero nunca obtuve una respuesta clara. Algo extraño a lo que no quise darle importancia.

Vestí el uniforme, hice un nudo en la parte trasera de mi delantal y salí a la sala. El olor a café, alcohol y cigarrillos disipó cualquier pensamiento que me estuviese perturbando.

Eran las nueve aproximadamente cuando anocheció por completo y los aerodeslizadores comenzaron su paseo. El sonido perturbaba la sala que había quedado completamente vacía y hacía temblar las finas cristalerías que mostraban a través de ellas el profundo océano más allá del acantilado. No tenía ni idea de por qué, pero aquel paisaje me aturdiría y oprimía el pecho. Como si su belleza me rompiera el corazón. Como si un recuerdo quisiera brotar de la nada y algo se lo impidiera. Bryanna pulsó un botón que había bajo el mostrador y cerró todos los ventanales. En el fondo se lo agradecí.

—¿Ya vamos a hacer el cierre? —preguntó el nuevo.

—Odio las fantasías que propagan esos aerodeslizadores. ¿Oportunidad de vivir sin miedo a la pobreza!? Y una mierda.

—Quizá, tengan algo de razón —recalcó el chico.

—¿Quieres que te dé una hostia?

Sabía que estábamos tocando un tema delicado para ella, pero realmente quise ser egoísta y aprovechar la ocasión para enterarme de cosas que mi padre evitaba mencionar. Busqué con cautela la chapita del nuevo para recordar su nombre: Drake.

—¿Sabes algo de la Guerra, Drake? —pregunté.

—No mucho —respondió intentando convencernos, aunque no surtió efecto ni en él mismo.

—¿Y tú? —pregunté, esta vez, señalando a Bryanna. Yo sabía que ella tenía conocimientos acerca de más cosas de las que querría.

—Más de lo que me gustaría.

—¿En serio? ¡Cuéntanos! —se entusiasmó Drake. Demasiado superficial. _____

El estruendo de un aerodeslizador pasando sobre la cafetería me puso la piel de gallina. Bryanna estrujó lo poco que le quedaba del cigarrillo contra el cenicero y resopló. Estaba preparada para conocer la historia que mi padre jamás quiso contarme.

—Hace aproximadamente doscientos años, se desató la Tercera Guerra Nuclear a nivel mundial. Por supuesto, afectó a nuestro continente. Miles de personas murieron en combate, fueron asesinadas o detenidas y se exiliaron en busca de un lugar más seguro. Sin embargo, hubo un problema mayor del que nadie se pudo salvar: la exposición a la radiación. Todos los habitantes del mundo comenzaron a experimentar enfermedades extrañas, deformaciones y mutaciones. Aquellas personas afortunadas, capaces de aceptar las alteraciones genéticas que se produjeron en sus cuerpos, adquirieron habilidades especiales de las cuales el ser humano comenzó a temer. Fueron llamados metahumanos y tratados como monstruos, lo que provocó la existencia de una gran brecha entre humanos y metahumanos. Fruto de esto, nació el odio entre ambas especies. La humanidad, mayoritaria, llevó a cabo un plan de exterminio que consistió en asesinar a todos aquellos

metahumanos y humanos que tuvieran capacidad para mutar. Esto hizo que se cometieran atrocidades e injusticias y un mayor enfrentamiento entre estos. En función de lo "seguro" que se volvió cada rincón de este continente, el único habitado ahora, se produjo la división de distritos —pausó para bostezar y rascarse la punta de la nariz—. Se dice que todos los metahumanos que consiguieron cazar fueron desechados. Sin embargo, también se rumorea que fueron utilizados para experimentos secretos. Hoy en día, aún existen metahumanos que rondan por las calles y viven en la clandestinidad, temerosos a ser descubiertos y cazados por los *Jaeger*. Otros mutan y olvidan quiénes son, perdiendo el control, ocasionando caos y siendo atrapados. Y, aunque esta maldita sociedad se crea que la existencia de esos seres es un mito, no somos imbéciles. Yo sé que están ahí fuera. Y que algún día la humanidad se atreverá de nuevo a declarar que existen con certeza.

—¿Todo eso que dices es cierto? —pregunté, pues rondaban rumores de todo tipo por el continente, pero estaba dispuesta a creerla.

—Qué va, palabras necias. Mi abuelo contaba tanto esta historia que conseguí aprendérmela de memoria. Si quieres creértela, hazlo.

—Es la típica leyenda urbana. Tampoco sabes tanto —recalcó el nuevo.

—Menos mal que no sabías mucho. —Bryanna se acercó y apuntó con su dedo índice al pecho del joven—. La mitad de la población ni siquiera está enterada de que ocurrió una guerra nuclear, básicamente porque son demasiado pobres. Así que no lo compares con una leyenda urbana de mierda. ¿Qué sabes tú?

Por un momento, todo quedó en el aire. El silencio invadió la sala en los pocos segundos que Drake intentaba recrear una respuesta creíble. Bryanna estaba alterada y no podía evitar sentir cómo había sido desafiada. Me sentí el árbitro del campo de batalla.

—No mucho —repitió—. Es solo que suena a leyenda. Es una buena razón para excusar todo lo que pasa actualmente, pero supongo que nunca sabremos cómo ocurrió todo... o si los metahumanos existen. —Drake sonrió

de una manera tan exagerada como falsa al pronunciar las palabras.

—Es igual, chico. No me importan las opiniones externas. Somos compañeros de trabajo y vamos a llevarnos bien.

La conversación concluyó antes de lo que esperaba y antes de saber lo que quería. No me atreví a abrir la boca y dejé que el ambiente se suavizara. Me interesaba saber acerca de esos experimentos, acerca de quién eran los *Jaeger*. Se me congeló el corazón cuando recordé el emblema de la empresa para la que trabajaba mi padre. La empresa de la que nunca me hablaba y por la que viajaba tanto por todo el continente: *Jaeger*.

CAPÍTULO

3

23:41 – Agosto – Distrito de Crawford.

Tras la charla que tuvimos en la cafetería, no pude dejar de preguntarme si mi padre era un cazador de metahumanos. Era ilógico, como ir contra sí mismo. No entendía nada, pero supuse que tendría sus razones y decidí obviar el tema por el momento.

Estaba en la bañera, cubierta hasta la barbilla por agua caliente y con los ojos cerrados. Los latidos irregulares y fuertes evadían mi tranquilidad. Los cristales empañados reflejaban la luz de la luna. Necesitaba relajarme, pero no

podía sacar de mi cabeza a Niels. Cada vez que pensaba en él, mi pecho se encogía y un nudo ahogaba mi garganta. Fue tan cruel la manera en la que decidió dejarme que comencé a cuestionarme si realmente era el chico que yo creí que era. Me sentía utilizada, abandonada una vez que dejé de servirle. Tenía ganas de ver su cara, sus ojos, su cuerpo, y abrazarlo. Besar sus labios. También tenía ganas de insultarle y golpearle por capullo. Por ser un insensible y un mentiroso. Por decirme que nunca me haría daño y que me amaba solo para hacer el estrellito aún más fuerte. Quería odiarle, pero era inútil.

Los calambres en el estómago me despertaron de él. Sentí cómo mi cuerpo se desgarraba por dentro y la mente se turbaba. No podía respirar y mi angustia crecía cada infinito segundo que pasaba. Los dolores eran más fuertes de lo habitual. Casi incontrolables. Me iba a volver loca. Alcancé la toalla y caminé hasta la habitación, donde guardaba mi medicación. Abrí el frasco y me coloqué muchas más pastillas de lo normal en la mano. No quería despertar. No quería. Bajo ningún concepto. Me negaba a vivir en una sociedad enmascarada, atroz e injusta.

Antes de poder tragármelas, sentí cómo el cuerpo aflojó y mi cabeza rebotó contra el suelo.

**NO ORIGINAL
NO COPY**

Unas horas antes – Periferia de Crawford.

El abandonado instituto de Crawford se fusionaba con la neblina y los árboles del frondoso bosque. Un joven alto, con el cabello rojizo y sonrisa de burla caminaba hacia él tarareando una canción de victoria. El ruidoso portazo de la puerta principal apenas se notó debido al bullicio que yacía en el hall.

—Hombre, pero si es Drake —dijo con entusiasmo una chica que se encontraba desempacando cajas.

—Días sin verte, tío —exclamó otro que desplazaba un gran sofá.

—Estaba esperando a que os instalarais para condecoraros con mi presencia —bromeó Drake.

—Tan chistoso como siempre —comentó una joven que se acercaba desde la izquierda. Cabello oscuro y mirada penetrante—. Acompáñame. Amaya quiere verte.

Ambos subieron unas escaleras de madera vieja y caminaron hasta un gran despacho. Tras la puerta, se encontraba una mujer hermosa, de larga cabellera plateada y ojos carmesí. Sus labios estaban cubiertos de sangre y sus

manos, sujetando a la presa. Hizo un gesto para permitir que entrasen.

—Drake, entra. —Tragó y se limpió la boca con la muñeca—. Zora, tú lárgate y asegúrate de que mañana esté la mudanza terminada.

—La veo más joven de lo usual, Señora —comentó el joven pelirrojo con cierto atisbo de repugnancia.

—Buena genética —afirmó rudamente.

—Y ese niño que tiene entre sus manos, ¿afianza su buena genética?

—No te sobrepases, Drake. O acabarás como este dulce bebé. ¿Qué hay del metahumano que buscamos? ¿Trabaja allí?

—Quién sabe —vaciló él mientras rodeaba el sofá de cachemira en el que se encontraba la víbora con su presa—. No estoy seguro de quién puede ser, pero estoy seguro de que allí trabaja alguien que a usted le conviene incluso más. Alguien con una cicatriz inconfundible: la razón por la que usted y todos nosotros nos hemos desplazado hasta Crawford.

—Ayers... —murmuró. Dejó caer el cadáver del niño al suelo para ponerse en pie y estrellar contra la pared al muchacho—. Debe desaparecer. YA.

—Me gustaría saber, ¿cómo acabamos con la heredera de uno de los linajes más poderosos?

—Utilízalo a él. Es tu mejor amigo y lo conoces incluso mejor que yo, su propia madre. Sabes lo que tienes que hacer en este caso y, cuando lo hagas, seré yo quien haga el movimiento definitivo.

—¿Y el metahumano que buscábamos?

—Asegúrate de encontrarlo. Mientras tanto, sigue con el plan.

Aflojó el cuello de Drake y se sentó sobre el escritorio. Con los brazos cruzados y una mirada furtiva, observaba cómo el joven se marchaba del despacho. Sus pensamientos eran tan amenazantes como sus palabras.

—Cuento contigo. No me defraudes por segunda vez o esta vez serás tú quien pague el castigo.

Las palabras de Amaya hicieron abatir el corazón del chico. Parecía conocer su mayor debilidad y era algo que a él

no le gustaba para nada. De no haber testigos, juró en sus pensamientos que habría matado a aquella desgraciada mujer sin corazón.

**NO ORIGINAL
NO COPY**

Días antes – Distrito de Hammonds.

Un hombre de mediana edad corría desesperadamente entre los escombros y la bruma. Sus jadeos hacían eco en aquella oscuridad. Se trataba de uno de los distritos legales más peligrosos del continente, donde se escuchaban alaridos procedentes de todas las direcciones. Alaridos de tormento, angustia y furia. Donde la existencia de metahumanos y monstruos desgarradores era real. La densidad de la noche avecinaba peligros y riesgos que no dejaban de aumentar con cada segundo que se escapaba del reloj. De pronto, algo se abalanzó sobre él en un intento de despedazar su cuello. El hombre, sujetando firmemente un libro bajo su brazo derecho, sacó el revólver que escondía en el bolsillo de su abrigo y le disparó justo en la sien. Tapó sus oídos mientras aquel ser daba vuelcos en el suelo, gritando sin parar, hasta que cerró sus ojos rojos.

—¡Roger! ¿Se encuentra usted bien? —susurró un nobel investigador, probablemente su ayudante, mientras se acercaba con cautela.

—Llegas tarde, chico.

—Lo siento, señ...

Un disparo desconocido atravesó su corazón antes de lo que tenía previsto. El joven cayó de bruces sin aliento a medida que el asesino se abría camino entre la neblina.

—Entrega el Libro de Identidades ahora mismo, Roger.

—Asesíname, vamos. Como has hecho con tu compañero ahora mismo.

—Es mi deber. Habéis incumplido muchas normas de la organización. Entrégalo ahora mismo y te aseguro que no serás condenado a muerte.

—Me estás diciendo que, si me capturáis, no experimentaréis conmigo después de saber que soy un metahumano, ¿no es así? —rio a carcajadas—. Apártate, no quiero hacerte daño.

—Roger... Eres uno de los grandes, pero no puedo dejarte ir. —Bajó la mirada con suavidad, cargó una bala antimeta y apuntó al hombre.

—Estáis conduciendo a la humanidad al exterminio con vuestros propósitos egoístas. Eres un canalla como todos los demás.

—Somos unos canallas y vosotros unos monstruos.
Jamás debisteis haber existido.

Un estruendo hizo volar los pocos cuervos que moraban la zona. El atravesado pecho de Roger comenzó a sangrar sin pausa. Sus ojos se tornaron de un rojo profundo. Antes de que el investigador volviese a dispararle, esta vez en la sien, desapareció a una velocidad insólita.

NO ORIGINAL
NO COPY

CAPÍTULO

4

10:31 – Agosto – Distrito de Crawford.

El olor a tortitas irrumpió escandalosamente en mi habitación y no tuve más remedio que renunciar al sueño. El gusto por la comida ganaba con creces al gusto por dormir, al menos, en ese momento. Me incorporé con cuidado y me acerqué al espejo para observar el nuevo amigo que tenía en mi frente. Era un chichón del tamaño de mi pulgar, estaba rojo y hacía que me doliese con cualquier gesticulación. Pensé en buscarle un nombre para cuando la gente me preguntase por él, pero preferí colocarme un poco el flequillo para salir a la cocina y descubrir el grandioso desayuno que

me esperaba. No sé por qué, pero creí que sería Sue cuando me llevé la alegría del día. Era mi padre. Me acerqué lo más rápido que pude a él para darle un buen abrazo.

—¡Ay! —exclamé. Me dolía todo el cuerpo.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Me duele un poco la tripa. Debe ser algo que comí anoche y me sentó mal.

No podía decirle que me había desmayado. Mucho menos que, a mitad de la noche, tuve que arrastrarme desde la bañera para poder llegar a mi cama.

—Te he echado mucho de menos.

—Siento no haber podido volver antes. He hecho todo lo posible, de verdad.

—Tranquilo, papá. Al fin y al cabo, se trata de tu trabajo.

En ese mismo instante, recordé para la empresa que trabajaba: la organización privada *Jaeger*. Sentí la tentación de preguntarle directamente a qué se dedicaba y si era un cazador de metahumanos, pero me callé. Coloqué los

cubiertos sobre la mesa mientras él terminaba de preparar las tortitas con chocolate y nata. Nos sentamos en la mesa para desayunar y hablamos de muchísimas cosas. Entre otras, recordamos los buenos momentos que habíamos pasado en familia cuando aún estaba mi madre y mi hermana. Estuve a punto de llorar en varias ocasiones, pero conseguí aguantar. Mi padre, sin embargo, tenía un aspecto devastado. No me había dado cuenta hasta entonces. Unos desagradables tonos oscuros se habían apoderado del socavón de sus ojeras; mal color de cara y apenas comía.

—¿Estás bien, papá?

—Sí, cariño. Me encantaría que mamá y Vicky siguiesen con nosotros —murmuró antes de pegar un mordisco a la tortita.

—Recuerdo a Vicky practicando artes marciales como si fuese ayer. Cuando ganó su primer trofeo.

—Realmente, admirabas a tu hermana. La seguías a todas partes con devoción.

—Sí. Así era.

Antes de que brotasen mis lágrimas, me levanté y me dirigí al baño. Me di un par de palmaditas en la cara y tiré de la cadena para disimular. No quería que supiese cuánto me afectaba aún. Era un asunto que jamás habíamos superado ninguno de los dos, sin contar lo derrumbada que me había dejado Niels. Al tirar de la cadena, me fijé en cómo varias gotitas de sangre llegaban hasta el cesto de la ropa sucia. Me impresionó encontrar todas las prendas de mi padre cubiertas de sangre dentro de él. De pronto, había desaparecido cualquier pizca de apetito que me pudiese quedar. Salí del baño decidida a preguntarle.

—Papá —dije, mientras buscaba cualquier signo de herida que pudiese tener por el cuerpo.

—Lo sé, lo sé. Tengo que mejorar mis dotes culinarios —comentó al mismo tiempo que recogía la mesa.

Él sabía lo que yo le preguntaría y no me lo quiso permitir.

—Cariño, vuelvo a irme el domingo.

—¿En dos días!? ¿Tan pronto?

—Rika, compréndeme. He venido para despedirme, no para quedarme. —Mi corazón dio un vuelco.

—¿Despedirte?

—Voy a viajar durante un buen tiempo y estaré incomunicado.

Fue en ese mismo momento en el que, a través de una apertura en su túnica aflojada, pude observar las gasas que rodeaban su pecho. Me estremecí.

—Quédate, por favor.

—No puedo. No puedo permitirme perder a lo que más quiero.

Se acercó y me abrazó más fuerte que nunca. Esa vez, mi cuerpo hizo caso omiso al dolor. No quise preguntar qué significaban esas palabras. ¿Por qué iría yo a estar en peligro? Al fin y al cabo, era él quien parecía haber vuelto de una batalla. Le devolví el abrazo con mucho cuidado y solo alcancé a decirle cuánto le quería antes de coger mi sudadera y salir de casa.

Me encontraba caminando por la calle cuando un

gatito callejero chocó conmigo. Era blanco con rayas grises y

marrones. Precioso. Me encantaban los gatos, aunque si me hubiesen dado a elegir entre ellos o los perros, jamás habría podido decantarme. Ser indecisa se había vuelto una de mis mejores cualidades. Lo acaricié y seguí mi camino. Pensé que sería una mala decisión llevarlo conmigo a casa, pues los animales estaban en peligro de extinción y, desgraciadamente, la esperanza de vida de los supervivientes no alcanzaba el año. Así que dejarlo vivir en libertad fue lo más generoso que podía hacer por él.

De vez en cuando, me acercaba a la Universidad para comprobar si Niels se dignaba a aparecer en sus clases de baloncesto. Era un gran jugador e incluso tenía trofeos. Recuerdo su estantería repleta de insignias y fotos nuestras. Él me decía que nuestra relación era el mayor trofeo que había conseguido en su vida y, por eso mismo, colocaba nuestras fotos junto a ellos.

Menuda estupidez.

Increíblemente, empezó a chispear a finales de agosto. Me puse la sudadera que llevaba entre mis brazos e hice un buen uso de su capucha. Iba caminando cabizbaja, con las manos en los bolsillos y con la esperanza de que el chispeo no se convirtiera en lluvia cuando pateé una piedra que había

en medio de la acera. Justo eso me hizo levantar la vista y ver a Niels en las canchas de baloncesto como un lobo solitario. ¿Estaba loco? Era obvio que las clases se habrían cancelado por la lluvia. Su cabello rubio y largo estaba húmedo, más liso de lo normal. Y allí estaba, encestando como si nada. Sentí una mezcla de furia y debilidad, e hice la peor tontería que pude haber hecho. Salí corriendo hacia él y le abracé desde atrás. Niels pegó un brinco y dejó caer el balón. Recuerdo cómo apreté mi rostro contra su espalda. Me dolía el chichón. Y mi corazón aún más. Recuerdo también sus latidos, fuertes y atropellados. La lluvia no hacía más que empeorar.

—¿Qué haces? —preguntó secamente.

—Cuéntame la verdad. No me creo lo del mensaje. —
Mi voz temblaba.

—Suéltame.

—No hasta que me lo cuentes. Aceptaré la verdad, pero no me dejes así. Por favor, Niels, te conozco muy bien y sé que no haces las cosas de esta manera.

—Pues tienes un gran problema —comenzó a explicar mientras agarraba mis muñecas para apartarme de él—. Para empezar, no hay nada que contar. Y, segundo, no

me conoces en absoluto. Ahora, márchate y déjame seguir con las prácticas. Eres un estorbo.

—Por favor.

—¡Joder, compórtate como una adulta y acepta que te he dejado de querer! —gritó agresivamente.

Nunca tuve miedo de él, hasta aquel día.

Supuse que así era. Me dejó de querer y ya está, fin. Mis esperanzas habían sido una mera estupidez. El hecho de que me tratase tan mal en ese momento quizá me abrió los ojos más de lo que esperaba. Visto de esa forma, me alegré. Sería más fácil olvidar a un capullo que al amor de mi vida. Opté por alejarme corriendo bajo la lluvia y llegar a casa empapada. Estaba a dos metros de mi piso cuando recordé al gatito callejero y lo imaginé bajo la lluvia, tiritando. Mis piernas se movieron solas.

Pero el felino ya no estaba. Quise creer que lo habrían recogido. “Ojalá hayas tenido suerte”, pensé. Caí de rodillas en el asfalto y las lágrimas se entremezclaron con las gotas saladas que me salpicaban el rostro.

CAPÍTULO

5

15:48 – Agosto – Distrito de Crawford.

Subí al bus para ver cómo mi padre me despedía con el ceño fruncido y los brazos cruzados desde la parada. Por lo visto, no le había gustado nada que llegase a casa muerta de frío y con las ojeras hinchadas. No tuve otra opción que decirle que me había caído por el camino y que, como una cría, empecé a llorar. Yo sabía que era demasiado viejo para creerse algo tan disparatado, pero tenía que salvarle la vida a aquel capullo.

Llegué a la cafetería y entré por la puerta para el personal. Me puse el uniforme y salí a la sala. Con suerte, el maquillaje ocultaría mi grandioso día.

Serían las ocho de la tarde cuando me tocó atender a un grupo de ancianos. Tuve que repetir cada frase unas cinco veces porque, los pobres, no se enteraban de nada. Tomarles el pedido me tomó media hora. Por suerte, no se enfadaron cuando se me inclinó la bandeja y tiré un par de bebidas. “Tranquila, guapa. Cuanto más tiempo nos atiendas, más afortunados nos sentimos”, me dijeron. Sentí náuseas en vez de agradecimiento. Cuando terminé de servirlos, un hombre de mediana edad pidió el café más exquisito del lugar. Tuvo que venir el gerente personalmente a prepararlo. Me lo entregó como si de un tesoro se tratase y yo, con todo el cuidado del mundo, me giré para tropezarme con alguien y tirárselo encima. La cazadora de cuero y la camiseta del joven estaban cubiertas por la bebida más apreciada y cara de la cafetería. El cliente no se dio cuenta y siguió esperando muy pacientemente, pero me esperaba la mirada asesina del gerente y pedir mil disculpas al chico por haber echado a perder, al menos, su camiseta.

Levanté la mirada para disculparme. Unos afilados ojos oscuros vagamente familiares me pusieron la piel de gallina. ¿Me habría asesinado ya en sus pensamientos? Eso parecía.

—¡Lo siento muchísimo! Ahora mismo lo limpio...

—Apártate. Y aprende a llevar una taza sin derramarla —dijo en tono alto, dejándome en evidencia ante todos los clientes que estaban alrededor.

Se sentó en la barra y comenzó a hablar con Drake. Parecían cercanos. Mi compañero le aconsejó mejorar sus modales, a lo que él respondió que había tenido un mal día. Entonces, lo recordé. Era ese tal Logan Crow. El mismo estúpido que chocó conmigo en la estación de trenes estaba dándome la espalda después de haberme avergonzado frente a mis clientes.

—Oye, tú —le dije, sin pensarlo dos veces. Él me miró esperando una disculpa—. La próxima vez que derrame una taza de café espero hacerlo en tu cara de amargado. Lo siento por haberte manchado sin querer —le expuse—. Ojalá hubiese sido queriendo —añadí.

No podía creerme lo que le acababa de decir a un cliente, ni a mí diciéndole eso a alguien. Ni siquiera quise mirar al gerente o al chico. Le encargué el pedido a Drake y entré a los vestuarios para calmarme. Bryanna me siguió.

—Ostias, tía. ¿Estás bien? De repente te tengo miedo.

—Un mal día. —Resoplé—. Son todos unos capullos.

—¿Niels?

—Se acabó todo con él.

—Menudo imbécil. Algún día se dará cuenta de lo que ha perdido. —Le entró la risa floja—. Todavía no me creo que le hayas pronunciado esas palabras a un cliente y, menos aún, frente al gerente. Jamás te he visto hablarle así a alguien en tus peores días.

Volví a resoplar al mismo tiempo que comprobaba la temperatura de mi frente. Bryanna empezó a reír aún más cuando vio mi frente descubierta y el chichón que la habitaba. Me preguntó por el nombre, a lo que le respondí que aún estaba decidiendo uno. Bromeamos un poco y cambió su gesto a uno un poco más serio.

—Vete, anda. Ya son las nueve, apenas hay clientes y necesitas descansar. Mañana quiero verte animada y con fuerzas para trabajar como se debe.

—Creo que lo mejor será que me marche. Dile al gerente que lo siento por todo, y gracias. Mañana me disculparé como es debido.

En otra ocasión me habría negado, pero estaba demasiado cansada de aquel día que no hacía más que empeorar. Entré al vestuario y agarré mi mochila sin siquiera cambiarme. De camino a la parada del bus, mi cuerpo se paralizó y cayó al suelo. Me arrastré como pude y me escondí entre los pinos digitales que rodeaban la cafetería. No me apetecía que alguien viese mis convulsiones. Busqué las pastillas desesperadamente en mi mochila, pero recordé que las había dejado en la mesita de noche. Nunca me hizo falta llevarlas encima, ya que mantenía un horario como con cualquier otro medicamento. Los calambres empeoraban y mis manos perdían fuerza. Sentí como si me estuviesen aplastando los sesos. Vi la luz que anunciaba la llegada de mi bus, pero mi cuerpo era tan pesado que apenas podía moverme. Quise gritar de dolor, de ansiedad y de ira. Quise, pero mi garganta había perdido la voz. Se me ocurrió que

sería mejor morir que padecer esos efectos. Me atemorizaba aceptar mi destino. Más aún, me atemorizaba despertar siendo yo. Entre pensamientos, cada vez más perturbadores, perdí el conocimiento.

NO ORIGINAL
NO COPY

Horas más tarde – Distrito de Crawford.

El sonido de una respiración entrecortada no dejaba conciliar el sueño a la chica, que se encontraba apoyada sobre la camilla en la que yacía su hermano. Sus finos dedos sujetaban con firmeza los del joven. De repente, la habitación fue invadida por el silencio y abrió sus ojos angustiada. En el holograma se podía observar cómo las pulsaciones de su hermano habían cesado.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! —gritaba sin cesar—. Lex, quédate conmigo. Vas a salir de esta como has salido de todas las anteriores. Quédate conmigo —repetía entre sollozos y apretando su mano con más fuerza.

La puerta de la habitación se deslizó para dar paso a las enfermeras computarizadas. Eran como un programa informático que se iniciaba cada vez que el chico no daba signos de vida. Entonces, una vez iniciado el programa, desde el ordenador central se creaban personas digitales con distintas profesiones adaptadas a las necesidades del momento. Reanimaron su corazón mediante la máquina a la que estaba conectado.

—¡Sue! —exclamó Connor al entrar en la habitación.

—¡Padre! Me he asustado mucho. Han tardado más de lo normal en traerlo de vuelta.

—No digas eso, princesa. Él nunca se irá. —Intentó calmarla acariciando su cabeza, pero fue en vano.

—Voy a vengar a Lex. Lo juro, padre. Voy a vengar los años que lleva en coma por lo que aquella metahumana le hizo. No hay nada que me determine más que el exterminio de esos malditos monstruos.

La mirada de la chica expresaba un inquebrantable odio. Ya no salían lágrimas, sino un rencor que cada día se arraigaba en sus pensamientos con más poder. Un poder que advertía futuros peligros. Connor besó la frente de su hijo, luego la de su hija y ambos salieron de la habitación, quedando ésta completamente oscura. De repente, el holograma percibió un pico en las pulsaciones del joven. Sus párpados se abrieron con sosiego en medio de la opacidad del lugar, mostrando cómo el claro de su iris se tornaba escarlata.

CAPÍTULO

6

9:04 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Había quedado a las nueve con Sue para asistir juntas a la presentación del segundo año de carrera, pero estaba tardando en aparecer. Normalmente, era yo la que se distraía con pequeñeces y terminaba llegando con diez minutos de retraso. Aquel día, era su excepción. También habíamos planeado ir de compras después de aguantar la hora de charla del director. Era la apertura del mayor centro comercial que existía en Hampton, el distrito contiguo al nuestro y casi el más rico de todo el continente. Nunca había estado allí, excepto un día que acompañé a mi padre a la

periferia y pude observar a través de los alambres de la defensa que separaba ambos distritos.

Una punzada en la sien me atemorizó. “Otra vez no, por favor”, me imploré a mí misma. Había estado aumentando la dosis de la medicación, pero los efectos no cesaban. Al contrario, cada vez eran más agresivos y continuos. Un escalofrío recorría todo mi cuerpo al recordar cuando me desmayé saliendo de la cafetería. No tenía ni idea de qué hice esa noche, pero llegué al piso con el uniforme cubierto de sangre. Agradecí que mi padre no se despertase antes que yo y viese todas las huellas carmesíes que dejé desde la entrada hasta mi cama.

—Rika —aclamó desde atrás.

Pegué un buen brinco y lo noté en la risita de Sue. No pude evitar abrazarla después de haber pasado varios días sin saber nada de ella. Era la misma de siempre, aunque con el rostro algo consumido y la mirada apagada. La miré fijamente y me devolvió una de sus dulces sonrisas.

—Tranquila, no me pasa nada. Es solo que Lex ha estado teniendo más dificultades de lo normal para seguir viviendo.

—¿Y? —sabía que tenía algo más que decirme.

—Y me he obsesionado un poco con los estudios. Apenas he dormido estos días intentando comprender las mutaciones. —Colocó su flequillo recto y levantó la vista hacia el cielo—. Espero encontrar algún día la cura.

—Seguro. Ese día estaré observándote y aplaudiéndote, orgullosa. —Su gesto se tranquilizó. A pesar de tener la misma edad, yo me volvía protectora en su presencia. Era una chica de apariencia tan vulnerable que hacía que cualquiera quisiese cuidarla—. Vamos, se nos hace tarde.

En el fondo, me sentía mal cada vez que la veía sufrir por su hermano. Yo era una de las pocas personas que conocía la historia verdadera. La única que conocía su mayor debilidad y por lo que daría su vida. La única persona externa a la familia que sabía que su hermano había sido atacado por una metahumana años atrás. Era una extraña condición, pues se suponía que un metahumano no podía hacer mutar a un humano normal y corriente. Sin embargo, algo pasó aquella noche de invierno que dejó a su hermano en coma. “Dicen que jamás han visto algo igual. No se explican cómo ha podido modificarlo genéticamente y hacerlo mutar de esa manera”,

me explicó ella. Me contaba cuánto miedo le producía pensar en que su hermano pudiese despertar siendo un mutante o una persona totalmente distinta. La comprendí porque yo tenía el mismo temor acerca de mí misma. Sin embargo, no podía permitírmelo. Sue era tan importante para mí como mi familia y no quería perderla por nada del mundo.

La charla acabó más pronto de lo esperado. Todos vestíamos el mismo uniforme: falda o pantalón de cuadros, camisa, calcetines altos y mocasines ordinarios. Todo de tonalidades grises y verdes aceituna, ya que a nuestro querido director le gustaba revivir generaciones pasadas con las vestimentas. Un chico esbelto, de oscura cabellera y rostro serio al otro lado de la sala llamó mi atención. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. “Joder”, pensé. Era el idiota de la estación y de la cafetería. Agarré el brazo de Sue y salimos pitando. Ni loca quería volver a encontrármelo o que supiese que estábamos en la misma universidad.

Ya en el tren, Sue y yo optamos por relajarnos lo que quedaba de camino. El paisaje digitalizado había desaparecido y lo único que se podía observar era la oscuridad del túnel. Sue apoyó su cabeza en mi hombro y se quedó dormida enseguida. Cuando llegamos, nos registraron

y exigieron nuestra documentación. Presionaron el antebrazo y la nuca de los que habíamos viajado en el tren hasta casi provocar un moratón. Me preguntaba si había sido buena idea ir a ese distrito.

—Tranquila, Rika. Son medidas de seguridad.

—¿Medidas de seguridad?

—Después te lo cuento. —Sue me hizo un gesto de silencio apoyando el dedo índice sobre sus labios.

Había una mujer con un bebé que se opuso al apretón del antebrazo. Recuerdo cómo le arrebataron a su hijo, la agarraron entre dos guardias y un tercero presionó el lugar exacto. Se hicieron señas entre ellos y la llevaron por un camino distinto al de los pasajeros. El llanto del bebé que había sido separado de su madre no salía de mi cabeza. Todos parecíamos no entender nada, excepto Sue. Ella comprendía a la perfección ese tipo de situaciones. Supuse que era consecuencia de que su padre tuviese poder sobre Crawford y sobre las decisiones políticas y científicas que se tomaban en aquel entonces.

—Esa mujer era una mutante.

—¿¡Que!?! —exclamé ante el atrevimiento de sus palabras. A menudo, era ficción eso de que los metahumanos y los mutantes existiesen, y no todo el mundo lo creía.

—Las personas que se someten a los experimentos a cambio de un salario para toda su vida, etc. Es decir, al Proyecto Génesis, tienen que aceptar la instalación de un dispositivo en sus antebrazos que las controlen. Además, también se instala un dispositivo en la nuca para, en caso de que saliese algo mal, poder controlar a la persona en cuestión.

—Era una mujer normal y corriente que viajaba de un distrito a otro con su hijo.

—Era una mutante. Los que se someten al Proyecto Génesis deben aceptar una serie de condiciones y una de ellas es no pisar ciertos distritos.

—Qué horror. Es como si vendiesen sus vidas — expuse.

—Toda recompensa requiere un sacrificio, Rika. Es un proyecto que está mejorando la vida de miles de personas.

———¿A dónde la han llevado? ¿Qué harán con su bebé?—

Estaba aterrorizada de la crueldad que habían ejercido sobre ella. Y de las palabras de Sue. Nunca me dijo que creyese firmemente en la existencia de metahumanos o mutantes.

—Recibirá su castigo. Ha incumplido una de las condiciones. Quién sabe cuántas más intentará incumplir.

La escuchaba hablar y era como si viese a su propio padre explicándole a la población las mediocres razones que justificaban sus actos. Vi en Sue una perfecta obsesión por la ciencia y el poder. Eso me estremeció. Decidí hacer caso omiso a lo ocurrido para poder disfrutar del lindo día que hacía en Hampton. Cuando observé a mi alrededor, fui testigo de una utopía. Un paisaje indomable, amplio y artificial. Las calles flotaban en el aire y había vehículos personales similares a los aerodeslizadores de mi distrito. Eran de menor tamaño, quizás para dos o tres personas. Los edificios eran tan altos como profundos. Saqué mi cabeza por el precipicio que aguardaba la calle que transitábamos y pude contemplar un infinito abismo bajo nosotras. Era tan bello como simulado. Me pregunté si terminaría siendo todo el continente igual y, por alguna razón, quise que la respuesta

fuese un “no” rotundo. ¿Eso hacía el dinero? ¿Exterminar a la naturaleza? ¿A los animales también?

Uno de esos pequeños aerodeslizadores nos recogió y llevó hasta el centro comercial. El conductor era una imagen digitalizada conectada al sistema operativo del vehículo que nos intentaba hacer sentir lo más cómodas posible. A mí me incomodaba bastante. Podía simplemente callarse y me haría la chica más feliz del mundo. Sue notó mi actitud reacia al avance tecnológico y sujetó mi mano.

—Vamos a pasárnoslo bien —me dijo con una sonrisa.

Lo intenté. De verdad. Pero cada vez me preguntaba más si en realidad las mutaciones genéticas eran el verdadero peligro para la humanidad. Todo aquello que los seres humanos estaban construyendo estaba acabando con lo real, con la esencia de ellos mismos. Jamás olvidaré el pavor que agujereó mis entrañas. Ni la pulsera que me regaló Sue al volver a Crawford. En ella ponía “por siempre”.

CAPÍTULO

7

18:52 – Septiembre – Distrito de Crawford.

La cafetería estaba repleta de clientes de todo tipo: ancianos, jóvenes, familias, grupos de amigos y solitarios. Tanto Drake, como Bryanna y yo no paramos ni un segundo. El gerente tuvo que salir para ayudarnos con el apretón. Era curioso cómo siempre los clientes salían contentos de allí. Siempre. Quizá, eran las vistas al océano, que relajaban cualquier tensión que pudiesen traer de sus vidas ajetreadas. A mí también me calmaba. Se trataba de un lugar mágico. Cada vez, me sentía más orgullosa de trabajar allí.

Hacia las ocho de la tarde, a media hora del fin de mi turno, apareció él. Su melena estaba despeinada y su mirada reflejaba frialdad como siempre. Tenía un aspecto más desenmarañado de lo usual, como si se acabase de despertar. Se quitó su chaqueta de cuero y puso una bolsa sobre la barra.

—¡Logan! Al final has venido —dijo Drake, saliendo de la cocina para atenderle.

—¿Dónde está la chica esa? —preguntó.

Quise escapar, pero fui señalada por un maldito dedo índice antes de que pudiese hacerlo.

—Allí —dijo el pelirrojo. Le odié.

—¿Qué quieres? —interrogué, caminando hacia la barra y sacudiendo mi delantal.

—Toma. La quiero pulida. Ni una sola mancha —detalló. Extendió su mano con la que sujetaba la bolsa y la acepté solo para ver qué había en ella: la camiseta.

—¿Eres tonto? —pregunté enfadada. Sacaba lo peor de mí, de verdad—. Lo siento, mi turno ha acabado. Ve a molestar a otra persona. —Dejé caer la bolsa al suelo y me marché.

Alcancé a escuchar cómo Drake le volvía a reñir sobre sus modales con las personas como a un niño de cuatro años. No había acabado mi turno, pero no me quedó otra que ponerme a limpiar la cocina y hacer cosas varias para dejar pasar esa última media hora.

Me despedí de Bryanna y de Drake, que hacían el cierre, y fui a los vestuarios para cambiar el uniforme del trabajo por el de la universidad. Había ido directamente de Hampton a la cafetería, así que no tenía ninguna otra muda de ropa. Me maldije. Una punzada atravesó mi sien y varios calambres me obligaron a encogerme unos minutos. Luego, me dispuse a salir por la puerta trasera para empleados. Estuve a punto de plantar una patada cuando noté que alguien sujetó mi muñeca desde la oscuridad. Era ese tipo. ¿Qué hacía esperándome?

—¿Ha acabado tu turno ya?

—Sí —afirmé con aspereza. Él miró el emblema de mi uniforme y me maldije una vez más—. El uniforme es de una compañera. No voy a esa universidad.

—Te vi esta mañana.

—Estaba acompañando a mi compañera.

—Está bien. No soy bueno en esto. —Se detuvo y resopló. De pronto, el tono de su voz cambió completamente—. Siento haberte hablado mal frente a todos. Tuve un día horrible y encima me echaste a perder la camiseta que estrenaba esa tarde.

—No necesito excusas. Yo también tuve un día grandioso que no dejaba de empeorar y ahí estuviste tú, para hundirlo aún más. —Me sentí mal. Estaba disculpándose y, aun así, yo seguía encabezada en dar contestaciones bruscas—. Lo siento. No has aparecido en mis mejores momentos tampoco.

—¿Cómo te llamas?

—Rika.

—Yo Logan. Te acerco a casa y saldamos mi deuda. ¿Te parece? —señaló un vehículo negro con dos ruedas que parecía muy peligroso—. Es una moto. Una de las pocas que quedan en el continente.

—En Crawford están prohibidas, ¿verdad?

—No, pero pronto lo estarán —explicó mientras se acercaba a ella, subía la cremallera de su chaqueta de cuero y se colocaba el casco.

—¿Por qué tienes una?

—Porque soy de Cleveland. ¿Subes?

Era un distrito un par de grados más peligroso que Crawford y se trataba de mi antiguo hogar, donde crecí junto a mi familia. No sabía si aceptar su oferta o no, pero lo que sí sabía es que necesitaba llegar a casa antes de que las punzadas empeorasen. Me ofreció otro casco y terminé aceptando. Jamás había montado en una moto, así que tampoco sabía abrochar el cacharro que cubría toda mi cabeza. Rio con amabilidad y lo ajustó él. Me preguntó la dirección y no fui del todo sincera. No con él, que era un completo desconocido al que había detestado hasta ese momento. La velocidad golpeaba con violencia el cristal del casco. “Este es el fin”, pensé un par de veces, cuando mis manos resbalaban al coger curvas pronunciadas. Con su mano izquierda, me indicó que me sujetase a su cintura. Eso hice. Sin apenas darme cuenta, la velocidad se transformó en pequeñas dosis de adrenalina entremezcladas con el peligro de la noche.

Días después – Septiembre – Distrito de Crawford.

Un sonido anunció el descanso de media mañana para aquellos que nos encontrábamos en la Universidad. Los pasillos se inundaron de estudiantes hambrientos como si de una avalancha se tratase. Sue y yo teníamos la filosofía de que, con calma, todo se hacía mejor, así que nos tomábamos nuestro tiempo en pasear por el centro hasta llegar a la cafetería. Hacía casi una semana que mi padre había partido y no sabía nada de él. Eso me inquietaba mucho, más aún después de ver aquellas prendas en el cesto de la ropa y las gasas en su pecho. Me pidió que lo comprendiese, que era su deber, y quise confiar en sus palabras. Sue interrumpió mis pensamientos.

—Mira, Rika. ¿No es ese Niels? —preguntó, señalando las canchas de baloncesto.

No miré.

—Supongo.

—¿Conseguiste hablar con él acerca del mensaje?

—Sí, pero creo que fui bastante incrédula al pensar que quedaban esperanzas. La última vez que hablamos, quedó clarísimo que todo había terminado entre nosotros.

—Tranquila, me tienes aquí para lo que necesites.

—Sí... Es hora de pasar página. —Suspiré. Mi pecho dolía de solo pensarlo.

Sue apretó mi mano y señaló la frase de la pulsera. Sonrió. La quería, de verdad. Era una chica adorable. Su cabello había crecido y ya rozaba sus hombros, aunque no había perdido ese color rosa pálido que lo caracterizaba. Muchas veces pensé en cambiar mi estilo, ya que era bastante simple: melena por debajo de los hombros del color de la miel y flequillo hacia el lado. Al final, siempre me rehusaba a cualquier cambio por miedo a perder esa coincidencia de colores entre mi cabello y mis ojos.

Llegamos a la cafetería y no sabíamos si alegrarnos porque apenas había cola de espera o deprimirnos porque todas las mesas estaban ocupadas. Pensamos en comprar algo para llevar y comer fuera, sentadas en el césped. Cuando fue nuestro turno, pedimos exactamente lo mismo: bollos rellenos con chocolate y un cacao con leche bien caliente. “Las

viejas costumbres no se pierden”, me dijo la señora mayor que nos sirvió. Supuse que se trataba de un desayuno típico entre estudiantes de antiguas generaciones. Nos estábamos dirigiendo hacia la salida cuando Logan y yo cruzamos miradas. Me contempló de arriba abajo y enarcó una ceja.

—¿Acompañas uniformada a tu compañera todos los días a la universidad? —me preguntó al oído con burla, mientras se le escapaba una sonrisa traviesa.

—Coincidencias. Puras coincidencias —respondí antes de que compartiésemos unas risas. Mi mentira había quedado al descubierto, así que mejor tomárselo con humor.

—¿Estás mejor? —asentí a su pregunta.

—¿Y tú? ¿O corro peligro de que me vuelvas a asesinar en tus pensamientos? —me sonrió.

Puso su rostro a centímetros del mío y plantó una sonrisa victoriosa. Era más alto de lo que parecía y su mirada se volvió atrevidamente peligrosa.

—Es mejor hacer ese tipo de cosas en la realidad, ¿no crees? —me preguntó como si estuviese hablando en serio.

—Logan, vámonos —exigió una chica que apareció de la nada.

Aquel día, mi piel se erizó de tal manera que dolía con el roce de la ropa. Algo en sus palabras no terminaba de encajar. Me quedé observando cómo Logan desaparecía entre la multitud con aquella chica que iba agarrada a su brazo. Era de baja estatura, delgada y con un cabello tan azabache como el de él. No pude sacarme de la cabeza aquella mirada violenta.

—¿Y ese chico? Parecéis llevaros muy bien. —Sue estaba sorprendida.

—Un cliente —me limité a responder.

CAPÍTULO

8

17:52 – Septiembre – Distrito de Crawford.

No se me iba de la cabeza que había perdido la pulsera que me regaló Sue. Al llegar a casa, mientras cocinaba, miré mi muñeca y descubrí que había desaparecido. Recuerdo que salí corriendo a buscarla por todos aquellos lugares en los que podía haberla perdido, pero jamás la encontré.

Eran cerca de las seis cuando Logan entró por la puerta de la cafetería con su chaqueta doblada en el brazo izquierdo. Vestía una camiseta de mangas cortas, que hacía

notar su musculosa figura, y unos tejanos. Su cabello despeinado le caía por la frente, remarcando aquellos ojos negros y rasgados. Se sentó en la barra, como de costumbre, y se puso a charlar con Drake. Más tarde, cuando el flujo de clientes aflojó, entré al interior de la barra para limpiar el tumulto de tazas que se iba acumulando. Drake estaba atendiendo a unos clientes de lo más exigentes y Logan seguía sentado, concentrado en su lectura y en los pequeños sorbos que daba a su bebida. Levantó la mirada y chocó con la mía.

—¿Qué lees? —pregunté, intentando disimular.

—A ti. —Ante mi cara de asombro abandonó la broma—. Son artículos de mi trabajo.

Se me había olvidado por completo: el día de la estación, su cartera y la tarjeta identificativa con el emblema de los *Jaeger*. Y su peculiar apellido. Cambió de taburete para sentarse frente a mí y mantuvo la mirada unos segundos en la mía. Una taza resbaló de mis manos y cayó en mi pie. Agradecí que no se rompiese, porque el gerente me habría matado.

—Pareces distraída.

—He perdido la pulsera que...

—¿Esto? —preguntó mientras sacaba algo de su bolsillo. Era la pulsera.

—¡Es esa! —me emocioné y se la arrebaté de las manos, a lo que él respondió con pequeñas carcajadas.

—¿Qué es esa reacción de cría?

—No te imaginas el tiempo que la estuve buscando hoy. Pensé que no la volvería a encontrar.

—¿Es tan importante para ti?

—Es la pulsera que me regaló mi mejor amiga.

—¿La chica del pelo corto que te acompañaba en la cafetería?

—Sí. Ella es muy importante para mí. Le habría roto el corazón descubrir que perdí su regalo.

—No lo has perdido. Lo tienes aquí mismo. —Tomó la pulsera y la colocó en mi muñeca—. ¿Ves?

—Muchas gracias, Logan —le dije antes de volver a salir para atender a los clientes que acababan de llegar.

Poco después, él se marchó. Por cosas de la vida, me vino a la mente la cuestión de cómo diablos había encontrado la pulsera si él se había marchado antes que yo de la cafetería. Había ciertos detalles que no encajaban. Me estremecí. Quizás, no debí haberme acercado nunca a él para entregarle su cartera. Quizás, no debí haberme montado en su moto jamás. Pese a todo, elegí la felicidad de tenerla de vuelta en mi muñeca.

—Chica, despierta. Estás trabajando, ¿recuerdas? —susurró Bryanna al verme con la mirada perdida. Miré alrededor, pero tampoco había nada que hacer.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté, a ver si me explicaba por qué había irrumpido en mis pensamientos.

—Sí. Necesito que mañana me acompañes a una fiesta.

—¿Una fiesta? No estoy para fiestas.

No me apetecía nada.

—Venga, Rika. Tenemos que aprovechar los viernes de cada semana antes de que empiecen los exámenes.

—Pero si tú no tienes exámenes, mentirosa.

Las dos reímos. Terminé aceptando y no supe ni por qué lo hice. Drake, que estaba al lado, preguntó si podía unirse. “Obviamente, cuantos más mejor”, respondió ella. “Genial, ya tienes con quien ir”, pensé yo, pero no iba a dejarla sola con Drake y Logan, que aposté cualquier cosa a que también vendría.

NO ORIGINAL
NO COPY

22:48 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Última hora del día. La ciudad estaba tan viva como siempre. Los edificios reflejaban miles de luces parpadeantes y pantallas holográficas con anuncios que promocionaban las nuevas tecnologías. La voz aguda procedente de los aerodeslizadores iba disminuyendo a medida que se alejaban de Crawford. Las carreteras estaban alumbradas por pequeños farolillos incandescentes que flotaban en el aire. Una brisa fresca hizo que el movimiento de mi cabello me provocase cosquillas en la nariz. Lo coloqué tras mis orejas y apoyé mis brazos sobre la barandilla del mirador. Eran unas vistas que apenas solía apreciar, ya que el salón de mi piso era el sitio en el que menos me gustaba pasar tiempo cuando me encontraba sola. Aquel día, los resplandores de la ciudad captaron mi atención. Realmente precioso. El silencio y la soledad eran mis mejores aliados cuando sentía el cansancio del día a día; el estrés consecuente de las responsabilidades que cargaba. No sabía por qué, pero sentí que mi vida se había vuelto un tanto vertiginosa. Levanté la vista y observé la opacidad del cielo. Podía imaginar su furia sobre la humanidad al ésta haberle robado su luz. No tintineaba ni una sola estrella debido a la inmensa contaminación que nos

inundaba. Me pregunté cómo habría sido la vida siglos atrás, cuando observar estrellas no era un privilegio o cuando el canto de los pájaros era real. Me encantaría haber tenido la oportunidad de que una mariposa se posase sobre alguno de mis dedos. Me encantaría haber sentido la brisa de los prados en mi piel. Imaginé que algún día sería capaz de viajar al espacio y robar una estrella.

Un sonido extraño procedente del interior de mi piso me desveló. Miré el reloj y marcaba dos horas más tarde. Estaba tendida en la alfombra del salón, iluminada por las luces del exterior. Me incorporé con cuidado de hacer el mínimo ruido posible y caminé lentamente hasta la cocina para sujetar algún utensilio que me permitiese defenderme. Opté por un cuchillo largo y afilado, que era el que mi padre utilizaba para seccionar los trozos de carne. Me orienté a oscuras, recordando la disposición de cada mueble de la casa, y conseguí llegar al lugar del que procedían el tintineo. Por alguna razón, mis sentidos estaban más agudos de lo usual. Muchísimo más. Era capaz de escuchar la conversación que mantenían los vecinos y cómo daban las buenas noches a su pareja o a sus hijos. Otros discutían. También era capaz de ~~olfatear las crepes que preparaban en un puesto nocturno a~~

dos manzanas de mi piso. Palpaba cada mezcla de materiales y relieves del que se componían las paredes de mi casa. Asumí que estaba comenzando a volverme loca.

Decidida a defender mi vida bajo cualquier circunstancia, pulsé el interruptor que abría las puertas deslizadoras para dar paso al despacho de mi padre. Estaba completamente vacío. Me resultó insólito, pero aún más el hecho de que mi padre se hubiese marchado dejando el despacho abierto. Se trataba de la primera vez, en mis dieciocho años, que entraba en ese lugar. Solté el cuchillo ante la ausencia de amenaza y encendí la luz. No pude evitar quedar estupefacta al observar aquel escenario. Las paredes estaban repletas de artículos de los *Jaeger* y noticias que no habían sido reveladas nunca a la humanidad. Con mi mano derecha, arranqué uno de los que se encontraba más alto y no alcanzaba a leer.

La imagen me revolvió el estómago. “El éxito del nanobot detonante”, leí. Aquella página relataba con entusiasmo que, tras experimentar con más de mil personas, habían conseguido fabricar el nanobot perfecto: un imperceptible dispositivo instalado en la nuca que detonaba la cabeza del mutante con solo presionar un botón. Al

parecer, tenían que controlar a las personas que se sometían al Proyecto Génesis, a sus consecuentes experimentos y mutaciones, y no idearon otra alternativa que fabricar aquel artefacto que pudiese acabar con sus vidas en caso de que se revelasen contra la organización. Sentí náuseas.

Otro de los artículos contenía imágenes de las personas que no soportaron las crueldades que hicieron con ellos. A su lado, una noticia revelaba el primer humano convertido en mutante. Sobrevivió a los experimentos, pero perdió la conciencia como persona. La imagen exponía a un científico con una sonrisa de oreja a oreja y el pulgar hacia arriba mientras el humano se encontraba dentro de una jaula con la mirada perdida y sangrando. “¿Mutante o monstruo?” era el título.

Un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas. ¿Cómo podían hacer tal cosa? Las personas significaban un mero número más para ellos. El último artículo que leí antes de salir del despacho era actual. Su título era “Más cerca que nunca del soldado perfecto que acabará con la metahumanidad”. Fue ahí cuando lo empecé a comprender todo. El Proyecto Génesis no buscaba cura a enfermedades extrañas que estaban naciendo en nuestro continente ni

intentaba acabar con la pobreza de los distritos. El Proyecto Génesis buscaba fabricar un mutante perfecto e invencible que fuese capaz de exterminar a la metahumanidad. Ellos sabían que nosotros existíamos. No éramos ninguna ficción para los *Jaeger*. Sin embargo, también entendí que, si necesitaban algo tan potente para acabar con nuestra especie, era porque existíamos más de lo que cualquier persona podría imaginarse. Se trataba de una futura guerra que estaba por desencadenarse y el Gobernador sin rostro lo sabía.

Conmocionada, salí del despacho olvidando por qué había entrado a él.

CAPÍTULO

9

Sobre esa misma hora – Periferia de Crawford.

Una mujer de aspecto juvenil yacía tendida sobre una enorme cama con mantas de cachemira. El dormitorio estaba repleto de colores escarlatas y negros. A su lado, una chica cepillaba su extensa cabellera plateada.

—¿Dónde está Drake?

—De camino, señora —contestó la chica.

—Lame mi dedo —le ordenó. Obedeció sin decir una sola palabra o perturbarse—. ¿Está rica? —————

—¿De dónde es esa sangre?

—Del plato más exquisito que he comido hoy: carne de bebé.

La chica comenzó a convulsionar en un intento de vomitar, pero la mujer le cubrió la boca. En ese momento, Drake entró al dormitorio. No pudo evitar expresar su repulsión.

—¿Qué necesitas, Amaya?

—Necesito noticias, observar progresos. ¿Por qué no me cuentas nada?

—Deja que Zora salga.

—¿Por qué? ¿Se sentirá celosa? Ya sabemos cuánto ama a mi hijo, pero deja que sufra, para eso es una Villín, hija de desertores de nuestra especie. ¿Verdad, cielo? —la chica asintió, ocultando su asesina mirada.

—Está bien. Creo que sé quién es el metahumano que necesitas, pero no estoy seguro. Hay cosas que no encajan del todo.

—Pues asegúrate. ¿Y la chica Ayers?

—El plan sigue progresando.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues desapareced los dos de mi vista. Quiero a mi hijo aquí. Ya mismo.

Ambos salieron del dormitorio y bajaron las escaleras de madera hasta llegar al *hall*. La chica tenía una expresión tan apagada como el color de su cabello.

—Zora, que tu apellido sea Villín no significa nada para los demás. Anímate.

—Cualquier día mato a esa víbora.

—¡Ey, Zora! No te sobrepases —gritó Vicky, una joven esbelta que se acercó por la espalda—. Seré yo quien haga eso. —Dejó escapar una risa forzada con la intención de que no tomaran en serio sus palabras, aunque no les importase demasiado.

—Haremos un buen grupo entonces, Vicky —comentó otro chico de cabellos plateados que se encontraba a su lado.

—Damon, sabes que contigo no comparto ni el aire.

—No digas eso, ¿has olvidado que soy tu futuro esposo? —bromeó.

Parecían cercanos. Drake ya se había pirado mientras Zora les observaba con asco. De pronto, la puerta principal se abrió de par en par y su mirada se iluminó. Se acercó corriendo a él y se aferró con firmeza a su antebrazo. Aproximó sus labios al rostro del joven y besó su mejilla. Luego, los llevó hacia el oído y le susurró:

—Tu mamá te busca, Logan.

22:32 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Los nocturnos edificios debían tener una treintena de pisos como mínimo. A lo largo de las aceras por las que transitaba, había dispersos mendigos durmiendo sobre cartones humedecidos. Tuve la tentación de regalarles algo de dinero para que, al día siguiente, pudiesen desayunar decentemente. Sin embargo, a menudo decían que los mutantes y metahumanos se camuflaban para capturar a sus presas con mayor facilidad. Giré la esquina hacia la calle contigua, donde cientos de peatones transitaban acelerados por la noche, el lugar de las fiestas y de los estupefacientes. Mi pulso se aceleraba a medida que iba llegando al local que me indicó Bryanna. Por el camino, perdida en mis pensamientos como de costumbre, choqué con un chico de mi edad que tenía una cabellera plateada bastante llamativa. Me ignoró y siguió su camino, aunque tuve la sensación de escuchar cómo gruñía para sí mismo. A lo lejos, un letrero de color rojo neón parpadeaba sin cesar:

BROKEN ANGELS

Era el lugar que me había indicado, sin duda. Empecé a cuestionarme si debía quedarme o no cuando me percaté

de la gente que me rodeaba. “¿Dónde me he metido?”, pensaba mientras ojeaba mi reloj con impaciencia.

—Dime que no tenemos que esperar toda esta cola.

—Tú me dirás, chica. La genial idea de venir fue tuya —recalqué irritada. Bryanna había aparecido de la nada.

—¿Y si charlamos con el gorila? Puedo ponerme escote y guiñarle un ojo.

—No digas tonterías.

Sujeté su muñeca y la arrastré hasta la cola de casi veinte personas. Esperamos cerca de una hora y, cuando por fin llegamos al gorila, nos exigió unas supuestas entradas que debíamos tener para acudir a la fiesta. Lancé una mirada asesina a Bryanna, pero ella estaba haciendo los preparativos para disponerse a flirtear. El guardia medía unos tres metros de ancho por dos de largo, y no parecía muy contento. De repente, alguien nos sobresaltó poniendo sus manos sobre nuestros hombros.

—Has tardado mucho, pelirrojo —le dijo Bryanna.

—Lo siento chicas. —Drake sacó algo de su cartera y lo mostró—. Vienen conmigo.

El gorila nos abrió paso enseguida y un manto de humo nos abofeteó de lleno. El decorado mezclaba lo excéntrico con lo tétrico. Había sofás de cachemira violáceos en cada esquina, luces de neón, niebla artificial, cuadros multicolores con caras desconocidas que nos seguían con la mirada e incluso androides paseándose y repartiendo copas y aperitivos que jamás en mi vida había visto. Pasamos por la primera sala, donde preferían quedarse los aficionados al póker y al billar. Allí estaba Logan, totalmente perdido en su partida. Drake y él compartieron un gesto de complicidad y seguimos de largo. Yo apenas había salido de fiesta y mucho menos a sitios como aquel, así que no podía abrumarme más aquel lugar. Las paredes estaban insonorizadas y tenían un aspecto acolchado. Pasamos a la siguiente sala, donde había cientos de personas saltando al ritmo de la música. Al fondo, un escenario con neblina y luces fluorescentes acompañaban a la banda que tocaba. Los cinco sentidos me gritaban que saliese tan pronto como pudiese de allí, pero estaba tan agotada del ritmo de vida que había estado llevando últimamente, que solo pensé en disfrutar y desconectar del mundo. Las dos primeras copas entraron como el agua.

—Voy a por otra copa —les grité a ambos, de los cuales solo Bryanna me escuchó.

—¿No vas demasiado bien ya?

Ignoré su comentario y salí de allí. No iba a admitir que tenía los ojos entrecerrados y los reflejos ralentizados. Me dirigí a la barra y pedí otra copa, pero esta vez de las recomendadas. La chica que me atendió puso un vaso sobre la encimera y vertió cuatro bebidas distintas. Dejó caer un par de gotas de un fluido viscoso y luminoso.

—De un trago —me gritó sobre la música.

—¡Es demasiado!

—Lo tomas así o nada.

Estaba retirándome el vaso cuando se lo arrebaté de las manos y lo bebí de un trago. Se rio y guiñó su ojo derecho como aprobación. Un ardor recorría todo mi cuerpo cuando, sin pensarlo, ya me dirigía hacia la sala de juegos. Logan seguía en la mesa de billar con la misma cara de concentración. La bola negra fue golpeada por su taco hasta caer en la esquina correcta. Acto seguido, se irguió para clavar sus pupilas en las mías. Sentí como si nuestros ojos se

puadiesen reconocer entre cualquier multitud. Eran negros como el océano, afilados y temerarios, y parecía que podrían cautivar todo aquello que se les antojase. Pudo haber sido el efecto del alcohol o la excitación de la música que acompañaba a la noche, pero me sentía intensa. Quizá con ganas de sentirme más viva que muerta, de explayarme y romper todos los límites que me detuviesen.

—¿Qué apostáis? —pregunté al apoyar una mano sobre la mesa de billar.

—Nada. Simple diversión. —Se giró hacia su contrincante y se dieron la mano antes de que se marchara—. Nos vemos luego.

—No vuelvas a llegar tarde, Logan —advirtió. Era el chico de cabello plateado con el que choqué, así que bajé mi mirada a fin de que no me reconociese—. Aparta —gruñó al pasar por mi lado.

Menudo grosero.

—¿Apostamos nosotros algo? —preguntó Logan.

El vértigo empezó a apoderarse de mí, así que decidí sentarme sobre el filo de la mesa. _____

—Secretos —dije con firmeza. No sabía en qué momento lo había pensado. Ni si era la mejor idea.

—Es buena idea —expuso, como si leyese mi mente.

La partida comenzó con tensión. ¿Qué secretos iba a contarle? Tenía pocos, pero los que tenía eran demasiado importantes como para contárselo a un investigador *Jaeger*. Solo tenía que ganar. No había jugado muchas veces al billar; quizás, un par de ellas. Sin embargo, era buena previendo sus movimientos. Estaba a punto de hacer un buen tiro cuando, de repente, me pareció ver a Niels salir del local. Solté el taco y salí a paso rápido tras él, pero fuera no había nadie, excepto un par de borrachos y el gorila. ¿Por qué no podía simplemente olvidarlo? Todas las copas que había tomado me estaban surtiendo efecto de golpe. Casi no podía mantenerme en pie sin tambalearme. El gorila se acercó a mí y me obligó a sentarme en el filo de la acera hasta que me relajase. “Así no entras”, me dijo. Creo recordar que Logan y Bryanna venían a comprobar si estaba bien de vez en cuando, pero ni siquiera les contesté.

Sobre una hora más tarde, desperté con la cabeza entre mis brazos, apoyados en las rodillas. Miré la hora y marcaban casi las dos de la madrugada. Me pregunté si se

habrían marchado sin mí. “Bryanna no haría eso”, pensé. Un chico se acercó a mí y se puso en cuclillas justo enfrente.

—¿Qué hace una chica tan guapa aquí sola?

—No estoy sola. —Ni le miré.

—¿Tienes novio? —mantuve el silencio para comprobar si se marchaba—. Te estuve observando en la fiesta. ¿Por qué no te vienes conmigo? Vamos a pasarlo bien.

—¿Estás sordo? Te acaba de decir que no está sola.

Era Logan y parecía bastante irritado. Sentí cómo se ruborizó todo mi rostro, así que lo volví a esconder entre mis brazos. Aquel impertinente no tardó en largarse cuando Logan se sentó a mi lado.

—¿Voy a tener que hacer de guardaespaldas desde aquí? —mantuve el silencio ante su sarcasmo—. ¿Cómo sigues, chica de los secretos?

—Mejor... Mejor —repetí—. ¿Y Bryanna?

—Se encontraba mal y tuvo que irse. Hace una media hora —explicó. ¿Significaba que había estado desde entonces esperándome? _____

—Lo siento. Por desaparecer antes, digo.

—Bryanna me contó por encima qué podría haber sido, así que estás perdonada.

—¿Qué te contó?

—La historia con aquel chico. Tu mal de amores.

“La mato”, pensé. Luego, supuse que estaría borracha y se volvió algo bocazas. No me gustaba que las personas se enterasen de mis asuntos personales y, mucho menos, que se compadecieran de mí como para “perdonarme”.

—Supongo que fue tu amiga la que contó el secreto en tu lugar.

—Lo veo justo —respondí. Igual no iba a ganar la partida.

—Vamos, te llevo a casa. Se está haciendo tarde y esta zona no es segura.

Sin rechistar o decir una sola palabra más, me puse en pie con cuidado y dejé que me abrochase el casco. No tenía ánimos, así que ahagué mi voz y nos alejamos del centro de la ciudad a través de la antigua autopista casi en ruinas que

bordeaba Crawford. La oscuridad de los pinos que nos rodeaban y la carretera recta que parecía no tener fin ahogaron mis sentimientos. Lloré. Lloré y esperé que fuese la última vez que derramaba lágrimas por Niels. La excitación de la velocidad me tentó a soltar los brazos y sentir la libertad, el viento contra mí. Por el contrario, me agarré con más fuerza a Logan. Con una de sus manos sujetó la mía para meterla en su bolsillo y yo decidí refugiarme tras su espalda frente al peligro de la noche.

El último recuerdo que tuve de aquella noche fueron las inmensas ganas que tenía de no llegar a casa.

CAPÍTULO

10

02:08 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Sue se encontraba recostada al lado del hermano segundos antes de que éste despertase y la inmovilizase contra la pared. La tenía agarrada por el cuello a medio metro del suelo cuando el padre entró y le inyectó un sedante. El joven cayó al suelo y su iris volvió al claro color de origen. Sue tosía saliva sin cesar mientras palpaba su cuello ensangrentado y se restregaba sus ojos llorosos. Connor, sin dudarle ni un solo instante, se dirigió a ella y le plantó una bofetada.

—¿¡Eres idiota!?!—gritó.

—Lo siento. Esperaba que me reconociese esta vez.

—¿Cuántas más tendrán que ser hasta que te mate?
¡Está inconsciente!

—Padre, ¿qué puedo hacer para salvarlo? —le preguntó a punto de romper a llorar.

—¿Salvarlo? Deberías convertirte en la mayor científica que haya existido. Quizá entonces descubrirías un antídoto.

—¿Y si lo hiciese?

—Salvarías a tu hermano. El continente sería tuyo. Todos tendrían que plegarse a tus pies y podrías gobernar todo un ejército de mutantes.

—Lo conseguiré. —Hizo una pausa para recomponerse y aclarar su voz—. Y seré tu sucesora —declaró, como si sus palabras se trataran de una sentencia indudable. Su mirada se iluminó lunáticamente.

—Ojalá, princesa. El sedante debería dejar de hacer efecto en cuestión de una hora. No te demores —le dijo antes de marcharse de la habitación, sin darle demasiada importancia a las palabras de su hija.

Sue se sentó junto a su hermano y colocó la cabeza sobre sus piernas. Mantuvo unos minutos su mirada sobre su rostro, observando cada pequeño detalle. Le acarició el cabello y comenzó a cantarle una nana. Poco después, los ojos de Lex volvieron a abrirse. El corazón de la joven se paralizó de pronto. Su mirada se agrandó ante la sorpresa, dando paso a un mar de lágrimas que suavizaron el nudo que se le había instalado en la garganta.

—Sue... —murmuró.

—Sabía que reconocerías la canción que mamá nos cantaba todas las noches. No sabes el tiempo que he deseado volver a verte, Lex. —Estiró la manga de su camiseta y se secó el llanto.

El joven acercó su rostro al de su hermana pareciendo, por un momento, que iba a besarla. Ella no se apartó. Sin embargo, Lex desvió sus labios a uno de sus oídos.

—Tienes que ayudarme a salir de aquí.

03:21 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Un grupo de personas yacían en lo alto de un edificio, observando en medio de la oscuridad. Solo las pantallas holográficas de anuncios iluminaban la zona. Se oían alaridos de agonía a lo lejos. Alaridos de terror, muerte y desesperación. La caza nocturna, que esparcía un tenue olor a sangre por las brisas contaminadas, había comenzado. Un joven se unió a los demás y se sentó en el filo del edificio.

—Te dije que no llegaras tarde, tío —gruñó uno.

—Tu madre estaba histérica y lo pagó con nosotros, Logan —refunfuñó Zora.

—¿Queréis algo? Callaos y haced vuestro trabajo —respondió él ásperamente—. Vosotros cuatro, bajad y cazar a esos humanos —ordenó, señalando a Damon y a tres personas más—. Zora y yo nos quedaremos aquí, observando cómo lo hacéis.

Obedecieron de inmediato, pues las órdenes de Logan eran incuestionables si querían seguir viviendo o perteneciendo a *Orpheus*.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella una vez se quedaron solos.

—No es de tu incumbencia.

—Venga, no seas así, Logan. —Se abalanzó intentando sujetar su cara para besarle.

—Te he dejado aquí para que observes. Así que observa —espetó él, apartándola para ponerse en pie. Comenzó a caminar por el filo del edificio, tentando a su inquebrantable sentido del equilibrio e intentando obviar lo que sus compañeros estaban haciendo.

—Mira, tenemos compañía. Y nos está dificultando el trabajo. —Señaló ella con su dedo índice.

El grupo de metahumanos había bajado a una calle donde yacía una pareja moribunda y cubierta de sangre, atacada por otros mutantes. Normalmente, se veían obligados a salir de caza cada noche para alimentar a la madre de la organización: Amaya. Sin embargo, la sangre de aquellos humanos llamó la atención de alguien más, que no tardó en acudir al olor. Zora observó durante unos minutos cómo esa persona les propinaba una paliza a sus cuatro compañeros.

—Voy a bajar —dijo antes de saltar al vacío.

La inoportuna parecía ser una chica. Tenía cabellos inmensamente largos y azabaches como la noche. Damon aún se mantenía en pie, aunque magullado por todas partes. Zora lo apartó e hizo uso de sus habilidades metahumanas para propinarle una golpiza en segundos. Si algo destacaba en ella, era la velocidad a la que podía moverse. La chica desconocida cayó de rodillas al suelo, tosiendo sangre y sin apenas fuerzas para seguir peleando cuando apareció Logan para comprobar la situación.

—¿No podéis con una simple estudiante o qué? —se burló mientras caminaba hacia ella.

Se sentía seguro mientras caminaba vacilante hacia la usurpadora. Aquel era su territorio y nadie salía ileso cuando se atrevía a enfrentarse a él. Sujetó la barbilla de la joven y apartó su cabello para distinguir su rostro. Sus labios estaban cubiertos de sangre; la mirada, totalmente perdida. Sus ojos color miel se habían tornado de un color carmesí ardiente. Logan quedó estupefacto durante unos segundos.

—Tú... has vuelto —susurró.

La chica estaba inconsciente.

—Voy a matarla, Logan. Apártate.

—No. No vas a matar a nadie. Recoge a tus inútiles compañeros y largaos de aquí.

—¿¡Estás loco!?! ¡Voy a matar a esa zorra! —gritó Damon furioso, que limpió la sangre que goteaba de su ceja y se acercó a paso ligero hacia ella.

—¿Te apetece morir? —Logan lo sujetó por el cuello a la vez que cubría a la joven. Su ojo izquierdo se tornó rojo—. Lárgate.

Al ver aquel iris encendido, retrocedió e hizo señas a sus compañeros. El grupo de metahumanos desapareció al instante. Zora se detuvo y se giró para grabar en su mente el rostro de la chica que había vuelto irreconocible a Logan. Con un odio reconcomiéndola por dentro, no tuvo otra opción que abandonar el lugar.

Una vez Logan consiguió llevarla al edificio que ella misma le había indicado horas antes, buscó su nombre en los buzones, la cargó en la espalda y subió hasta el piso correspondiente. El manajo de llaves estaba en el suelo y su bolso, también. Había rastros de sangre alrededor. Parecía como si la chica nunca hubiese llegado a entrar en el piso. Ya

dentro, la colocó con cuidado en el sofá y limpió sus heridas con un paño que encontró en la encimera de mármol. Su cabello iba encogiéndose y regresando a su color miel inicial a medida que sus constantes vitales se moderaban. Comprendió entonces que ella no estaba aceptando el cambio y que su cuerpo estaba enloqueciendo. No podía apartar la mirada ante aquel extraño fenómeno. Al igual que Rika, él tampoco se aprobaba a sí mismo. Por unos segundos, su mundo dejó de ser tan solitario. Apagó las luces, cubrió su delgado cuerpo con la chaqueta de cuero que siempre llevaba puesta y besó su frente.